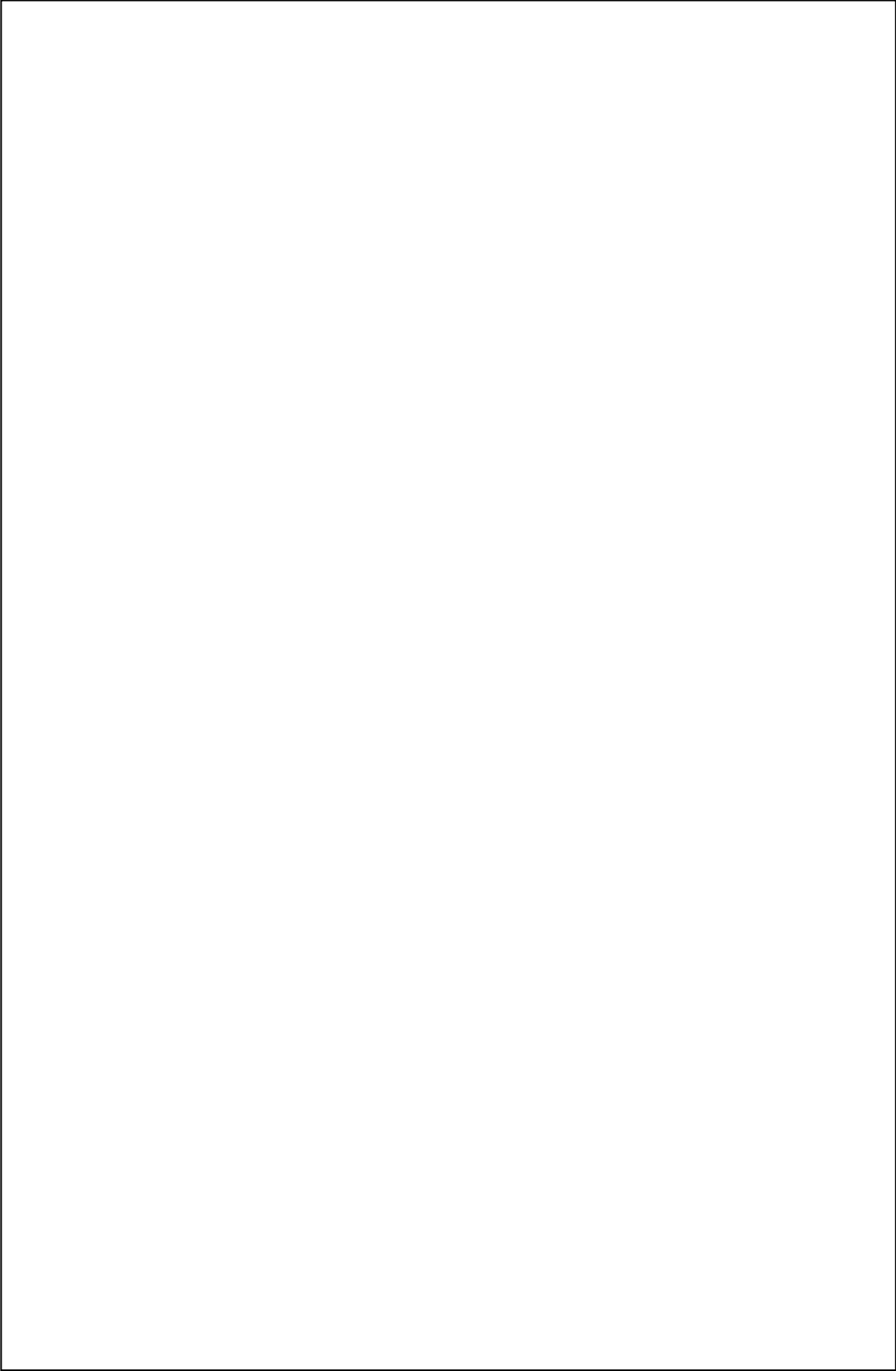


ANDRÉS: PALABRAS EN LA OSCURIDAD

UN TESTIMONIO DE DISCRIMINACIÓN

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



**ANDRÉS:
PALABRAS EN LA OSCURIDAD**

1a. edición, 2009

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, A.C.

Programa Servicio Social Universitario
Prolongación Paseo de la Reforma 880
Lomas de Santa Fe.
01219, México, D.F.
publica@uia.mx

Entrevistas y edición:

© Mtra. Pilar Charles Creel
© Lic. Marta Sol Morales Soto
© Universidad Iberoamericana

Colaboración en transcripción: Leticia Laguna González.

El contenido del testimonio es responsabilidad exclusiva de quien aceptó ofrecerlo, habiendo firmado el consentimiento correspondiente. Se respetó el estilo de la narración del entrevistado.

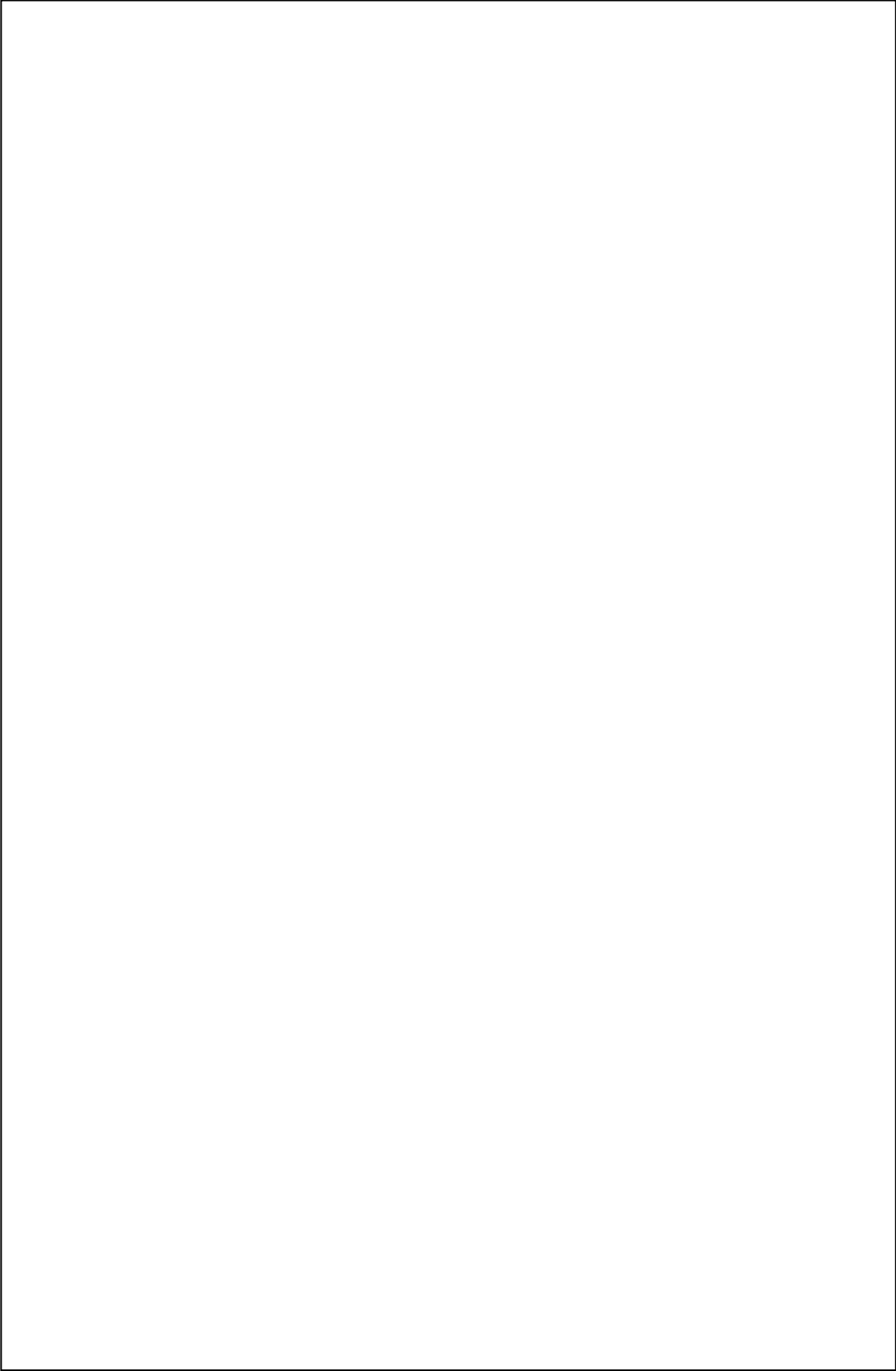
Se cuenta con la autorización del Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez, A.C. para incorporar lo referente a la queja presentada ante la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Se autoriza la reproducción de este material por cualquier medio siempre que no sea para fines de lucro y citando la fuente.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

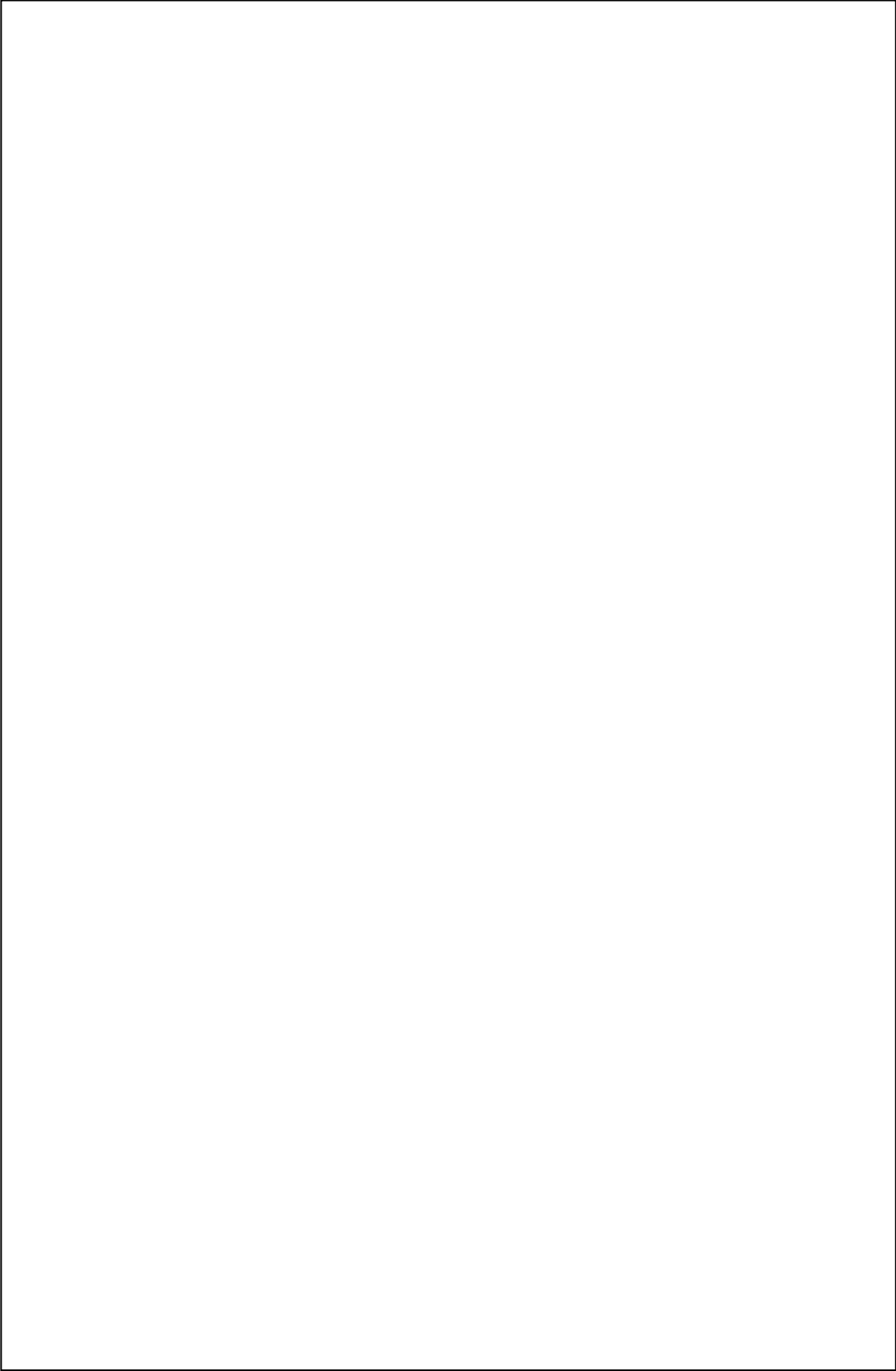
**ANDRÉS:
PALABRAS EN LA OSCURIDAD**

Un testimonio de discriminación



ÍNDICE

Introducción	9
Mi biografía	13
Ser gay	21
Vivir con VIH	27
Ser ciego	33
La queja ante la Comisión Nacional de los Derechos Humanos	53
Mi carrera de Masoterapia	59
Reflexiones finales	63



Introducción

La discriminación a la persona con discapacidad es un fenómeno complejo y en ocasiones se manifiesta en forma sutil, es degradante para quien la sufre y se traduce en barreras físicas, falta de oportunidades, señalamientos y aislamiento. Impide que las personas con discapacidad gocen de todos los derechos y ejerzan las obligaciones que tienen como ciudadanos. Entre los derechos fundamentales que continuamente son violentados se encuentran el relativo a la igualdad de oportunidades y de estímulos para alcanzar un desarrollo integral, el derecho al desarrollo personal, a la salud, a la educación, al trabajo, al libre tránsito, a la vida privada, a la vivienda y a la seguridad social.

Esta actitud social se desarrolla a partir de prejuicios que distinguen y separan a la persona o grupo de personas que poseen ciertas características o atributos que resultan incómodos o amenazantes para quien ejerce la discriminación. Es con acciones y formas de trato como se restringen y llegan a negarse los derechos humanos de aquellos integrantes de nuestra sociedad que son discriminados. Atraviesa los ámbitos social, económico, político, cultural y recreativo. Está presente en el lenguaje, en las decisiones, en las acciones y omisiones de la vida cotidiana y de las políticas públicas.

La historia de Andrés es un testimonio que refleja la realidad de una sociedad que cierra las puertas, temerosa de lo diferente: ciego, homosexual y portador del VIH, tres características, que si bien le son propias, no constituyen ni su esencia, ni su totalidad. Tres características importantes que han marcado su vida, y que le han hecho conocer el estigma y la discriminación. Ésta es la historia de Andrés, una historia en la que narra cómo ha vivido momentos de desesperanza pero también cuenta una vida llena de logros, energía y felicidad.

La discriminación se inicia con la lástima hacia el otro, pues se le piensa imposibilitado, incapaz. Esta percepción se extiende a todas las facetas de su vida: “no pueden” estudiar, trabajar, tener hijos, etcétera. Se les excluye de entrada, se les desprecia. Está presente aún en las miradas del otro.

Sobre el tema nos comenta: “Creo que hablar de discriminación es un tema muy difícil porque la gente tiene la idea de que eres ciego y eres idiota; eres ciego: eres muy pobre, eres ciego: eres un inútil, eres ciego: te tengo que asistir. Para Andrés es doloroso hablar de su ceguera: “Desde que estoy ciego, no hay quién tenga un *flirt* conmigo”. Para él, la ceguera es un estigma cruel y difícil de llevar.

La discriminación hacia las personas con VIH/SIDA también sucede en todos los ámbitos. La violación de sus derechos es más patente en lo relativo a la salud, la educación y el trabajo. Andrés la sufrió en la escuela, donde pudo inscribirse en la carrera de masoterapia después de una larga lucha. En general, la ha enfrentado en todos los ámbitos de su vida: el miedo y la ignorancia provocan reacciones extremas, como el no querer tocarlo o darle la mano. Aún dentro del sistema de salud, el estigma de portar el VIH provoca que algunos médicos expliquen todas las dolencias como consecuencias del mismo. A Andrés varias veces se le dijo, sin mayor investigación, que su ceguera se debía a que portaba el virus.

Resulta irónico que en un ámbito segregado y discriminado –como es el grupo de ciegos– esté presente la discriminación hacia la persona homosexual y portadora del VIH. Nadie culpa al ciego por su ceguera. Pero es común oír que los homosexuales y los enfermos de SIDA son culpables de su situación. La valoración social es que las personas portadoras del virus merecen su destino porque han violado supuestos códigos morales: han tenido relaciones sexuales promiscuas y/u homosexuales o han llevado a cabo actividades ilícitas o reprobadas por la sociedad, siendo éste un matiz fundamental de la discriminación que sufren. El mismo Andrés, en algún momento de desesperación, llegó a pensar, “eso era lo que yo me merecía: primero, por ser homosexual, después por estar enfermo, o sea, por sucio y ligero”.

La discriminación y el estigma que implica el tener VIH/SIDA, no sólo están presentes en la cotidianidad de la vida de las personas portadoras del virus sino que esto ha dificultado la prevención y el tratamiento de la epidemia, al ocultarla. También el miedo a ser etiquetado o relegado socialmente hace que muchas personas que creen tener el virus no se sometan a las pruebas para su oportuna detección o bien, eviten el tratamiento si ya están contagiados.

Las preferencias sexuales son parte de las libertades fundamentales de una sociedad democrática. El rechazo, prejuicio y estigma contra quien ha decidido conducir su vida sobre la base de una orientación distinta de la heterosexualidad son muy frecuentes. Es, además, una forma particularmente peligrosa de discriminación, pues con frecuencia conduce a la violencia extrema contra quienes se atreven a vivir su sexualidad de manera diferente.

El menosprecio y el rechazo hacia ese grupo social provocan que se mantenga en silencio su opción de vida o se lleve una doble vida, a fin de evitar problemas en su entorno familiar, laboral y social. Andrés no comunicó voluntariamente su homosexualidad en el núcleo familiar; sabía que iba a ser rechazado y así fue: su madre lo corrió de su casa al enterarse.

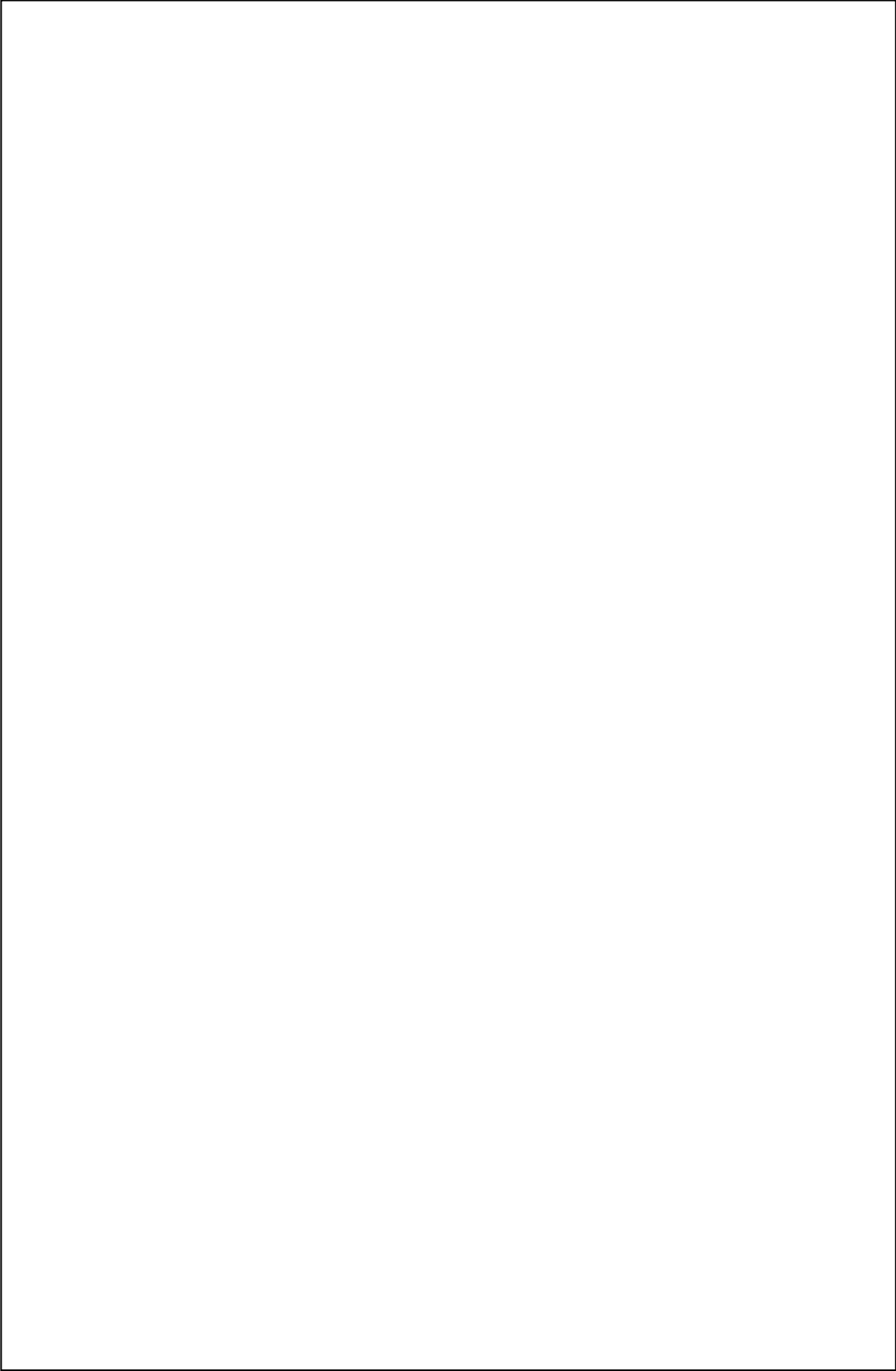
Entre niños y adolescentes uno de los insultos más frecuentes es el de “maricón”. En este ambiente crecen aquellos que tienen una preferencia u orientación sexual diferente a la mayoría, por lo que es fácil entender por qué no viven su homosexualidad abiertamente. Sólo a través de un proceso, muchas veces doloroso y lleno de dudas, la persona acepta hacer explícita su homosexualidad y se atreve a vivirla.

A veces pensamos que los mexicanos no discriminamos. La Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México (Mayo 2005)¹ nos muestra lo contrario: el 48.4% de las personas encuestadas no estarían dispuestas a permitir que en su casa vivieran personas homosexuales, mientras que el 44.4% no lo permitiría a personas portadoras del VIH/SIDA y 15% no dejaría vivir en su hogar a personas con discapacidad.

En la misma encuesta se apunta que el 18.4% de los encuestados jamás contrataría a personas portadoras del VIH, el 11.6% no daría empleo a homosexuales y el 2.2% no lo proporcionaría a personas con discapacidad. En el último año han sufrido discriminación en el trabajo el 53.4% de las personas con discapacidad y el 40.1% de homosexuales.

El presente testimonio, realizado con base en entrevistas grabadas y en la edición de las coordinadoras de este documento, y del propio entrevistado, tiene como finalidad desafiar y superar la exclusión y la hostilidad hacia la diferencia. Para ello es necesario escuchar a las personas que sufren discriminación por diversas causas. Démonos la oportunidad de escuchar a Andrés, quien, a pesar de la adversidad, sigue adelante. Ejemplo de ello es haber recibido, después de una larga lucha, su título profesional el pasado mes de septiembre. Dolido, enojado, cínico a veces, pero profundamente humano y generoso.

¹ Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación y Secretaría de Desarrollo Social (Mayo, 2005). *Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México*. URL: [http://www.conapred.org.mx/Noticias/noticias Textos/imgmmedia/PENSADM-Presentacion.pdf](http://www.conapred.org.mx/Noticias/noticias%20Textos/imgmmedia/PENSADM-Presentacion.pdf)



Mi biografía

Nací en Villahermosa, Tabasco, en 1973, en una familia que ya tenía dos hijos, fui el error más grande de mis padres porque nació 13 años después del segundo hijo. Mi mamá ya no estaba como para pañales ni cosas por el estilo.

Cuando mis hermanos eran pequeños, había recursos, su estilo de vida era distinto, mi mamá era ama de casa y si los niños iban a desfilarse de lo que fuera, ella les hacía el traje, tenían la televisión nueva, iban al mejor colegio y el padrino de XV años de mi hermana fue el gobernador. Mi hermano es rubio y yo era el prieto de la casa, mi hermana era una señorita de sociedad, blanca, con pelo muy negro.

Mi mamá se divorció cuando yo tenía dos años, por infidelidades de él, y en ese pueblo el divorcio es pecaminoso; entonces mi mamá decidió venirse a la capital. Mi hermana ya estaba acá en la universidad. Mi hermano se quedó allá estudiando Mecánica.

Fue una niñez rara y oscura. Mi mamá me dejaba encargado en la casa de la vecina, en la casa de la amiga o con la tía. En una de esas casas hubo abuso sexual constante; yo lo tomé como una manifestación de cariño, de atención: alguien me hacía caso, alguien me quería. Estaba yo en *kínder*. Fue alguien muy cercano. Empecé a sentir que de esta manera yo me podía relacionar. Es algo triste, ahora que lo recuerdo, pero no fue una experiencia dolorosa, no hubo golpes ni amenazas. Llegó el punto en el que ya creía que yo lo propiciaba.

Al año de haber llegado a la Ciudad de México, mi mamá se casó con un diputado, bueno, se juntaron. El no vivía en la casa, venía de "visita", pero en ese momento para mí estaban casados y, a fin de cuentas, era papá que venía dos veces por semana, traía un regalito o un juguetito. A ellos, para salir a pasear, a comer, a tomar la copa, un "chamaco" de cuatro años, cinco, seis, les estorbaba. Y eso me quedó muy claro: que entre menos lata diera, mejor. Si él venía a comer yo tenía que comer antes para que cuando el señor llegara ya no estuviera. Mi mamá se tenía que pulir en el viejo oficio, cuando se

vuelve amante, a estar presta, puesta y dispuesta; a leer, a tener plática, a adquirir modales.

De seis años comencé a estudiar con monjas. Cuatro años de escuela con ellas, y de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, punto. No había club ni parque de fútbol, como los demás niños, pues era yo el estorbo.

También me dejaban solo, encerrado con llave, cinco biberones en el *refri* y papas en la mesa o algún bocadito. En una ocasión lavé unos guantecitos, los puse en la colcha y la plancha encima para secarlos. Los quemé, quemé la colcha, el colchón. Cuando vi que salía humo, la desconecté, no me incendié por obra y gracia de Dios. Aún así me dejaban solo. Mi mamá viajaba con el hombre y en el refrigerador había harta carne fría, jamón, salchicha, mortadela, chorizo y pan, mayonesa, *catsup*, queso y coca cola: ése era mi *kit*.

Mi hermana no me cuidaba. Hacía su vida, iba a la universidad, al trabajo. Los fines de semana se iba de viaje con las amigas y cuando tenía tiempo libre, se lo dedicaba al novio. Eran muy pocas las ocasiones que decía “vamos al cine” o “vamos a comer un helado”, alguna vez me compraba algo, cosa que con mi mamá no pasaba jamás. En este tiempo empezó la crítica, todo lo que yo hacía estaba mal, era yo “muy amanerado”. En ese momento de la vida, cuando tenía ocho, nueve años, todas las figuras a admirar eran mujeres. Las admiraba por convicción.

Una amiga de mi hermana, por ejemplo, me llevaba los fines de semana al cine, al bazar, al museo; como que esa parte de ser madre la complementaba conmigo, también mi tía, una prima de mi mamá. Eran mis recuerdos lindos de esas madres sustitutas que me dedicaban tiempo, cuidados y comida: todos equivalentes de amor. Y lo triste del caso es que mi mamá hacía de comer y si te gustaba o no, era tu bronca, y si no te gustaba, te lo hacía dos veces. La consigna era “te voy a domar, porque aquí la mamá soy yo y me tienes que hacer caso”.

La idiosincrasia de mi mamá es *muy* difícil: “corta el pasto, tápale las madrigueras a las ratas, lava el coche, saca la basura en la mañana, haz tu cama, barre y trapea tu cuarto, la ropa sucia va aquí”. Fue muchísima disciplina. Les tengo pánico a las ratas, la casa tenía un gran patio. Una noche, las ratas subían, bajaban, subían, bajaban por el muro y me sacó al patio; ahí me dejó solito, a que las enfrentara y se me quitara el miedo. Casi me muero de un infarto. Pero así era mi *mami* de linda.

Y a como iba yo creciendo: “ahora vas a cocinar, vas a hacer arroz, vas a barrer toda la casa, vas a tender la ropa, vas a aprender a poner la lavadora”. Fue como un entrenamiento de autosuficiencia, pero así de “no me estorbes, no me des lata”. Todo eso era a cuenta mía, porque era *mi obligación*.

Cuando iba yo en cuarto año hubo un parte-aguas: ella se fue de viaje una semana. Como toda la vida, me dejó el refrigerador lleno, y ese día me llevó a la escuela en la mañana, cosa que nunca hacía. Que mi mamá se parara a

hacerme un desayuno y llevarme a la escuela, no, eso no rezaba con ella. En la puerta de la escuela me dijo “¿traes la llave?”. “Sí”. Al regresar a la casa, me di cuenta que la había dejado adentro. No pude entrar. Esa primera noche dormí en casa de una compañerita, pero como eran puras mujeres el maestro decidió que me quedara yo en su casa. No me faltó al respeto; yo esperaba tener que pagar el hospedaje de manera sexual, no con estas palabras, pero yo estaba esperando el balazo, la insinuación. Me pasé ahí una semana con la misma ropa. Había yo dejado recaditos por debajo de la puerta. Fueron por mí, se me insultó, que era yo un idiota, un informal, un *pentonto* —es una palabra que odio— un irresponsable, que el susto que les había yo pegado, que después de venir cansados del viaje *tuvieron* que ir por mí hasta allá. Me sentí tan mal, con tan poca valía. Me empecé a colgar las llaves al cuello, a la fecha tengo una obsesión, si no las tengo así como a medio metro de distancia, me empiezo a poner nervioso.

Nos cambiamos a Mixcoac. De estudiar con monjas francesas me metieron a estudiar en un colegio americano, el golpe fue fatal. Las monjas eran muy cariñosas conmigo, les hacía mucha gracia mi carita triste, y en el colegio americano era nadie, peor aún: era yo el bastardo del político, pero pues ni en cuenta, ni siquiera era mi papá, yo era su entenado y así me trataban. Fue muy difícil. Sus hijos no estudiaron, creo, ni sexto año, y yo iba muy bien, pero él pagaba la colegiatura un mes sí, un mes no. Y cuando venían los intersemestrales empezaban a mencionar nombres, te paraban y decían que si no pagabas la colegiatura no ibas a presentar exámenes, entonces el murmullo entre mis compañeros era: “pero ¿no le puede pagar ni la colegiatura al bastardo? Seguramente ha de ser el hijo de la *gata* y por eso no le paga la colegiatura”. Fueron dos años horribles de escuela.

Y los viajes empezaron a ser más frecuentes. Tembló el 19 de septiembre de 1985, ellos salieron el 20 y regresaron hasta el dos de octubre, o sea, mi cumpleaños lo pasé solo. Teníamos unas amigas nicaragüenses a las que se les había caído el edificio, me pidieron asilo el día de mi cumpleaños. Y se quedaron con nosotros como un año, muy lindas, ahí supe lo que era desayuno caliente, hecho por mujer.

Me encapriché en estudiar la secundaria en un colegio público, porque dije “ahí vamos los hijos de las putas, los bastardos, los hijos de las madres solteras y toda la escoria de mi edad”. Me dijeron las amigas de mi mamá que ahí me iban a pegar, a matar, a hacer, a tornar. Y no, ahí fue donde tuve a mis mejores amigos, un grupo de identidad fuerte, todos tenían una situación económica, si no precaria, poco desahogada, todos tenían su historia: eran el hijo del primer marido de la mamá, del segundo marido de la mamá o vivían con la madrastra, o eran hijos de madre soltera, todos teníamos una dificultad en común. Estudiaba en las tardes, lo cual era maravilloso, así no veía tanto a mi mamá.

En los 70, mi tía se dedicó a ser meretriz de políticos. Ella lee, escribe, habla inglés y francés, con carrera técnica de secretaria bilingüe parlamentaria y varios años de universidad, jugaba ajedrez, traía *Ferrari*, abrigo de *mink*, diez

hombres a sus pies. Mi hermana trabajaba en el banco en un *status* excelente, mi mamá trabajando como una burra. Los varones emparentados con mi mamá eran mediocres, borrachos, parranderos, golpeadores, el chofer de la grúa, el chofer de la draga, el pega-tabiques, el pintor de brocha gorda. Pero los artistas, esos hombres bien vestidos, triunfadores, con carrera, que podían mantener a una mujer y cumplirle el último de los caprichos, eran los que yo conocía por medio de todas las mujeres que se juntaban en mi casa.

En este momento la cosa cambió porque ya no nada más era yo sirvienta sino doncella. Si la señora iba a salir de noche había que sacarle el vestido, echarle la planchadita, buscarle los zapatos, cambiarle las cosas de una bolsa a la otra. Había que jalar las agujetas del corsé y pues como ya tenía yo edad de bigotito, entonces fungía como la pareja. Si llegaba mi tía criendo para ir a alguna reunión y necesitaba la costurita en la falda y mi mamá no estaba, la hacía yo. Nada más que aquí había una diferencia: cuando salía yo con mi tía, yo llevaba dinero y manejaba un carro; era yo su acompañante. Cuando salía con mi mamá, era yo su chofer. Y si se iban a bailar con todas las amigas, pues yo era la mascota del equipo, y bailaba con todas y manejaba en la noche.

Por ese entonces empezó el problema más duro: si quería ir a una fiesta de xv años, que es lo común en el sector popular, tenía yo que llevar a mi mamá porque si no, no me dejaba ir, y llevarla implicaba poder tomar tragos, fumar y bailar y que nos dejaran ir a todos, o sea, era chaperón y alcahueta. Pero también aumentó la recriminación sexual: si yo decidía ser gay era mi culpa, que si alguien me perdía el respeto, era porque yo lo provocaba. Si ella me soltaba tantito las riendas lo más seguro es que yo iba a volverme drogadicto, narcotraficante, pandillero, cuando era yo tan *snob* y fresa; así me catalogaban mis compañeros: la idea de mi madre me daba mucha risa.

Al marido, “mi papá”, yo lo quería de corazón. Una vez, como a los once años me dijo “hijo” por primera vez; yo lloraba como Magdalena, como estúpido, poseso, a moco tendido de la emoción de que me había volteado a ver.

Y entonces, vino la catástrofe: se fue el marido. Yo estaba en preparatoria. Mi madre empezó con que “¿quién nos va a mantener? Nos vamos a morir de hambre”. Nos tuvimos que cambiar, como pudimos, en un camión prestado, cargando nosotros las cosas, a un departamento que era la tercera parte de la casa en donde vivíamos, había que arrumar unas cosas con otras. Con todo y eso dije: “bueno, ya estamos aquí, que sea menos dura la catástrofe para mi mamá”. Traté de montar otra vez la escenografía y arreglar la casa y colgar cuadros. Era grotesco.

A los dos meses llegó el señor con un relojito *Seiko*, dándome las gracias por el apoyo que le había yo dado a la esposa. Yo quería ponerle el relojito de supositorio. Resulta que no le gustó el departamento y dijo que si queríamos que siguiera con nosotros, que buscáramos otra casa, porque ahí no iba a volver a poner un pie.

Creo que ese día mi mamá conoció una parte oscura de mí. Cuando él se retiró, le dije que si se quería cambiar de casa, bien, pero que conmigo no contara, y que qué cómodo era para el amante venir a la casa de la meretriz a tener comida caliente y favores sexuales sin mover un dedo y nada más girando un cheque. Yo temblaba, la quijada se me había trabado, estaba fuera de control, no sé si había sido la represión de tantos años.

Quien vio toda la escena fue un amigo de mi hermana, muchísimo más grande que yo, y que había empezado como a enamorarme. Me dijo: “No te preocupes, hay una mudanza maravillosa que te saca los cajones y así como está todo se lo llevan, no rompen nada, te ponen las cosas en la otra casa, es carita pero buena”. “¡A mí no me molesten!”. Y no volví a salir de mi cuarto hasta que llegó la mudanza. En ese momento mi mamá pudo conseguir departamento, lo pudo hacer todo ella sola. Y entonces, el señor regresó con nosotros. Para esto, yo tenía una depresión horrenda por haber terminado con la novia de secundaria; subí 20 kilos.

Un día llegó el caballero en cuestión. Yo estaba profundamente dormido a las cuatro de la tarde ¡qué pecado! y entró haciendo todo un escándalo, jamás había entrado a mi cuarto; a grito en cuello y sin tocar la puerta la aventó, que “cómo era posible que yo durmiera mientras él trabajaba”. Yo, dormido, medio me levanté, no entendía nada.

“¡Ayúdame a subir las compras!”, gritó. Subí *toda* la despensa: como era cada tres meses, era un mundanal de cosas las que compraba y sólo éramos dos “gatos”. Estaba buscando pleito, yo seguía adormilado, me quiso arrebatar las servilletas y yo le jalé la manita y le dije: “¿qué te pasa? a mí nunca me has tratado así, me respetas o me respetas, este *show* no me lo vas a volver a hacer, yo anoche hice tarea hasta las cinco y media de la mañana y me fui a la preparatoria y tú, aquí, no pagas una sirvienta y esta casa está barrida, trapeada, sacudida y con los vidrios ¡limpios! así que yo creo que me merezco dormir por lo menos tres o cuatro horas.”

Fue la última vez que se paró por ahí. Dice mi mamá que fue mi culpa, yo tenía diecisiete años y de verdad ya estaba decidido a cualquier cosa, ya no me importaba. Y ella me gritó “¡tú me tienes que mantener!”. Para entonces ya estaba trabajando y la sentencia, *pos* la acepté con humildad. Estudié la preparatoria del '89 al '92.

Trabajaba en una editorial, donde me quedé del '91 al '95, llevaba yo el almacén y compras. Mi mamá exigía dinero, con todas sus letras. Tenía yo que pagar la renta, la despensa, el tinte de la señora, el teléfono, la luz, me quedaba sólo para pasajes. Nos volvimos a cambiar a un lugar más chico; hubo que tirar parte de la escenografía. Y yo decía: “tienes que hacerte responsable y empezar a mantener una casa, a redituar lo que se invirtió en ti, y aquí ya no eres un estorbo, ya eres: proveedor”.

Estuve casi cuatro semestres en la Universidad Nacional, en la carrera de Actuaría. Pero en el '95 dije: “bueno ¿yo qué hago aquí? Estoy idiota, estoy mante-

niendo solo esta casa”. Salía yo a las siete de la mañana hacia la universidad, de ahí a la una; llegaba a la editorial a las dos y media, salía a las ocho y media de la noche y llegaba yo ¡a cocinar! y todavía, el fin de semana barría, lavaba, tra-peaba, hacía limpieza y todo lo demás, o sea, fue en un plan horrendo porque mi mamá, si no le pones un “hasta aquí”, se te va trepando, se te va trepando. El día que se me ocurrió comprar un bote de tinte ¡Uuuuuuu! “¡Sí! ¡Te vas a pintar el pelo y yo tengo dos centímetros de raíz, aquí la que se tiene que pintar el pelo soy yo porque soy mujer, tú, pa´ qué madres!”.

Me aburrí de la situación, me salí de la universidad, dije: “no más, no tengo dinero para los pasajes, ni para comprar los pinchos libros, ni para el café de la mañana”. Horrible. Y dejé también la editorial, me pagaban pésimo, en vez de que hubiera sido gozoso, fue doloroso; los trajes había que teñirlos con anilina, fue una situación horrenda. Mi mamá gritaba que quería la renta, que no tenía el tinte, que no tenía vestido qué ponerse cuando los *closets* vomitaban ropa, que no la sacaba ¡uuuuffff! Se me ocurrió pagar el financiamiento de un *vocho*, y ya iba como por la cuarta mensualidad, buscaba arduamente en el periódico a ver si ya salía en el sorteo. Un día, me cachó, y dijo “Ay, qué bueno, porque así me quedo yo con el nuevo y te quedas tú con el mío.” Acto seguido lo fui a cancelar.

Después de la editorial trabajé en una agencia de computación unos ocho meses, también en 1995. Luego fui obrero una semana, en una fábrica procesadora de telas en el '96, pero regresé a otra editorial, de las mismas dueñas, ese mismo año, dirigiendo el almacén y las compras nacionales e internacionales. Ahí me quedé un año y me salí sin seguro social y con una liquidación de 200 pesos, porque ya no veía.

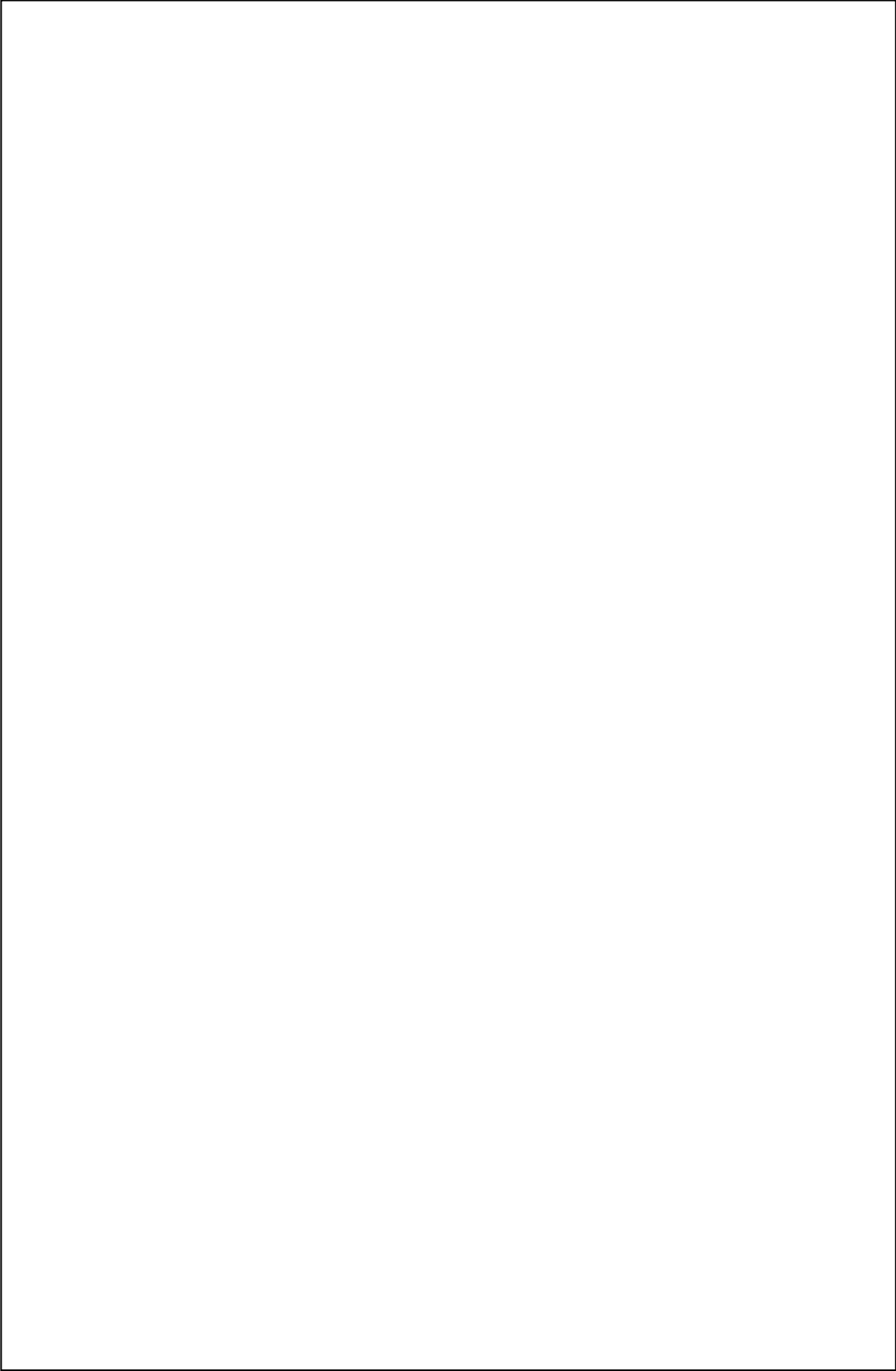
Llegó un punto en el que ya no quería yo encarar a mi mamá, por no desgastarme. ¿Desearle la muerte? Yo creo que se la deseé desde los cuatro años. ¿Quererla jalar del chonguito y darle una arrastrada? Bueno, eso yo creo que desde la más tierna infancia, pero trataba yo de controlarme lo más que podía.

A los 14 años mi linda mamá me llevó a Cuautla con las putas, a ver si me hacía hombrecito. Tuve novia en secundaria, me pasé la preparatoria sin tener relaciones sexuales propiamente dichas. Ya estando en la universidad, conocí a un galán a través de mi trabajo y empecé a tener relaciones sexuales con él. Tenía yo 18 años; éramos clandestinos. A los 21 descubrí que tenía VIH y a los 22 empecé a quedarme ciego. En agosto de ese año –1996– conocí a mi pareja actual; dejé a mi mamá, aunque regresé con ella en noviembre, para salirme definitivamente en la primavera del '97.

Ella se fue a vivir a Tabasco con mi hermana, y la puso en mi contra: antes teníamos una relación ambigua, era cariñosa conmigo pero rechazaba mi homosexualidad. Nos peleamos, ella me insultó, y sólo la volví a ver una vez a principios del '98. Ahora, a raíz de la inundación de 2007, la llamé pero no quiso hablar conmigo.

Y con mi hermano, *pos* hubo muy poca relación y ya de adultos un poco más. A mi mamá la veo poco, cuando necesita algo de mí. Y entonces ¿por qué chingados tengo la conciencia de que esa pobre mujer anda rodando y siento culpa de que ruede? Todavía estoy en ese proceso que no entiendo, no sé si lo encapsulo, me olvido del tema o lo sigo trabajando.

Tengo que reconocer que mi mamá tuvo una vida dura: se quedó huérfana al año, creo. Entonces la crió la abuela. A la edad de ocho años, que mi mamá ya servía para echar tortilla y pa' trabajar, se la trajo el abuelo al rancho. Con la abuelita era la niña de encajes, moños y rulos, y acá era "la gata", descalza y andrajosa, que crió a los trece bastardos que ese abuelo tuvo con la cocinera. En cambio, mi tía vivía en un pueblo, iba a colegio de monjas, no tenía que echar tortilla, moler en manivela, majar arroz, tostar cacao. Tuvieron un estilo de vida distinto.



Ser gay

“Oye, si me ibas a hacer tan delicado, tan femenino y tan complicado, pues me hubieras dejado un cuerpecito menudito, que yo pudiera decir: “Ay, soy delicado”, ¡puta! pero ¿estas carnes? Pues pa’ morirse de risa ¿no? O me hubieras hecho rico”. No que me hace tosco, gordo y jodido. Sí, sí, hay que reclamarle a alguien religiosamente.

La iglesia católica dice que eres una aberración pero te acepta; los cristianos, los testigos de Jehová, los sabatistas, *pos* eres una aberración y si tu ojo es la causa del pecado, pues arráncatelo y tíralo, entonces, cuando el pene erecta por una reacción química, qué ¿lo corto y lo tiro? Con los judíos ya ni me meto porque ahí sí que no sé cómo manejen estas cosas. Entonces ¿encontrar una fe? ¿pa’ qué?

En el momento en que el mundo descubre tu orientación, ya eres puta, pecado, degenerado. Resulta que mi preferencia o mi orientación, públicamente, puede ser un arma de ataque pero en la intimidad es una cualidad maravillosa. Es como un doble mensaje.

En secundaria, algo pasó que yo me volví (baja la voz): malo. Tenía yo cuatro, cinco, seis, siete, ocho novias ¿no? Tenía vida sexual con todas, fumaba como cosaco y ya era para mí un *sport* bajarle la novia a cualquiera de mis amigos. La semana pasada nos reunimos, les tuve que decir mi condición actual, bueno, casi se mueren del *shock*. Y hubo el reclamo de “entonces ¿para qué me bajaste a mi vieja, desgraciado, si no te gustaba?”. “Pues, tenía que entretenerme en algo”. La burla y el sarcasmo han sido para mí como un medicamento y, a la vez, mi escudo protector. Pero el golpe duro de esta época fue que la novia, la que era aceptada por mi mamá por ser rubia, de ojos de color claro, de pelo rizado -todas las demás eran putas, *nacas*, indias, prietas, güevonas, lo que le quisieras poner de adjetivo, mi mamá se los sabía todos-, la única que era la socialmente apta, pues salió peor y estaba embarazada de no sé quién, pero no se quiso casar conmigo. Prácticamente fue la última mujer en mi vida, ni una más.

A partir de ahí me volví un poco misógino, o un muchito. Sexualmente, me pasé la preparatoria en abstinencia, fue muy deprimente, aunque sí hubo *fajes* con varias chicas que me acosaban. Hice una intentona con una niña *equis* que un día me hizo un *show* por dinero y se fue al diablo con la peor de las humillaciones encima. Ése es un problema muy fuerte en mí: cuando abro la boca para ofender a alguien no suelto una sola palabra soez, pero sí suelo hacer pomada a la víctima, es algo que no me gusta, no me satisface, no me hace feliz, pero ya arrancado, mmh, mmh, no hay cómo me pare yo. Y, pues terminamos muy mal. No más, no más, hasta que decidí salir con aquel hombre que conocí en mi trabajo.

Yo tenía la cosquilla, y entre que sí y no la entendía. Comencé a tener novios, me di cuenta que no estaba yo tan feito, porque mi mamá siempre me dijo que era yo horrible, horrible, así con hache mayúscula, y feo con efe de foco fundido.

En esta época platicué con mi tía, que era como una guía espiritual. Le dije “¿sabes qué? me está pasando esto, fulano de tal me invitó a salir, y yo me siento muy raro, me preocupa el qué diga la gente, el qué va a decir mi mamá, el ta -ra-ra”. Pero yo vengo de una familia de meretrices de lujo y de una filosofía donde estar realizada como mujer es encontrar un hombre maravilloso que te mantenga, entonces la respuesta fue: “bueno, pues si ya decidiste caminar el camino difícil, pues hazlo con mucha honra, y tu pareja va a ser aquel con el que puedas salir del brazo libremente a la calle, sintiéndote protegido, y lo que los demás digan, pues está de más”. Entonces, eso me dio fuerza, pero todavía no me enfrenté a mi mamá. Para ella, a partir de que trabajas tienes que pagar lo que se invirtió en ti, debes ser proveedor, pero eres una puta. Y tienes que seguir obedeciendo los cánones de lo que se te ordena.

Además, cuando tú has aceptado una situación gay, tu actitud cambia: te arreglas más, te pones a dieta, bueno, nunca estás lo suficientemente arreglado ni nunca estás lo suficientemente delgado, te arreglas así de que te quitas un pelo de aquí, un pelo de acá, te das una cambiada de color. A mí me tocó esta época de mucho trapo, y yo me envolvía mucho porque siempre he sido muy gordito. Ya después empecé como a ponerme ropa más pegada.

Entonces, pues conocí el bajo mundo, el antro, bueno, la *discotheque*. De una brincabas a otra peor, con mayor grado de clandestinidad y promiscuidad, de ambiente gay, no sé si para buscar amor, pareja o... no lo sé, pero el chisme era aturdirse, olvidarse de lo que vivías, tratar de salir. Aturdirse era no pensar en tu realidad, no pensar en mañana. Yo daba por hecho que me moría en un año y medio o dos por el VIH. No soy de mucho trago, el licor bueno me gusta, y cuando eres pobre ¡te jodiste! la cerveza no, el ron tampoco; entonces tomarte una copa de *Midori* o una copa de *güisqui* era para mí una quincena, o conseguirte un amante que te lo pagara, y como ni lo uno ni lo otro, *pos* me aguantaba.

Ahora, el uso de drogas en los años que yo circulé dentro del mundo gay - que fue '95, '96 y '97- era algo inusual, yo jamás vi a nadie metiéndose un

“lineazo” o inyectándose algo ¡jamás! en ninguna de las discotecas, y si alguien lo hacía lo hizo con una discreción tal que yo jamás me enteré. Bueno, mis amigos me reportaban que en las discotecas heterosexuales era lo cotidiano. Lo que se estilaba mucho son unas cosas que se llamaban *poppers*, que eran como un liquidito que se inhalaba y te estimulaba la potencia sexual o la libido. Hasta eso, yo era muy sanito.

Aturdirse también era (suavemente) sexo, ligar era un deporte, era un reto ligarme a alguien en cualquier sitio. No sé si era un acto de rebeldía como para decir “por favor, sálganse del *closet*”, pero me encantaba jugar al gato con la bola de estambre, entonces muchos hombres casados cayeron a la mirada, a la sonrisa, al encanto, al *flirt*. Y ya cuando se acercaban y confirmaba yo lo que sospechaba, decía: “adiós”.

Es como la anoréxica, yo siento que no es ella la que ha decidido serlo, es el bombardeo externo. Así pasa en muchas otras cosas: no es que tú quieras ser bisexual, es que ¡te obligan a ser bisexual! Pero uno no puede vivir siendo lo que no es, porque llega un momento de la vida en que el instinto, la hormona, la anatomía, lo que sea, pero algo te delata. Entonces ¿qué pasa? pues ya le hiciste daño a terceros. Y no le quito responsabilidad de sus actos a nadie pero es que muchas veces el entorno te obliga. Mi hermano, por ejemplo, era un homofóbico de porquería. ¿Cuándo lo vino a entender? Cuando su jefe lo atosigó: “o coges conmigo o te vas”. “No, pues me voy”. Mi hermano ahora entiende que tengo una relación monogámica, que yo no correteo a nadie.

Las mujeres mantienen siempre una línea respecto a mí. Y me he dado cuenta que los varones conmigo, o no se acercan o son atentísimos, y pues yo lo tengo que tomar como eso, nada de confundir con actitudes homosexuales. Capaz que de un manazo me dicen que no, me muero o termino con la amistad. A mí me ha quedado muy claro que los varones tienen compasión por mi ceguera, y mejor prefiero tomarlo así y no malinterpretarlo y ofender a alguien, porque si el otro te está dando entrada, pues es notorio ¿no? pero yo no estoy seguro de lo que está haciendo el otro, tal vez lo sospeche, pero no estoy ni así tantito seguro ¿para qué me expongo?

Es una bobada, pero, por ejemplo, viene el novio de una amiga y me saluda de beso y me abraza y “las hilachas”, viene el otro, que es el novio de la otra amiga, también me abraza y me saluda de beso y juega verbalmente conmigo. Eso yo no lo puedo tomar como una insinuación porque ¿qué tal si no? ¿Qué tal si la estoy regando? O peor aún: al dar masoterapia, yo trabajo sobre cuerpos ¡no puedo tener un desliz arriba de la camilla! ¡no debe pasar! No me debe pasar, no puedo dar pie a una mala interpretación porque de ahí estoy comiendo.

Y tristemente me ha pasado con mi pareja o con el pobre de mi taxista: he puesto la mano en donde no debo, o con Horacio, han sido tres ocasiones que me ha pasado, y de verdad, son las únicas veces que me he ruborizado en mi mísera vida.

Llevo una relación monogámica de diez años, y no por mi gusto (ríe). Le dije a mi pareja el domingo —después, cómo me arrepentí— “*Pus* es que no creas que te soy fiel por gusto, es por imposición, no ha sido por falta de ganas”. Pero, de verdad, yo no me he encontrado a alguien que me “pierda el respeto”, o sea, qué decente me he vuelto. Es una realidad, y el bastón se ha vuelto un calzón de castidad, ya lo comprobé, es mi protección. Y si no he tenido un amante ha sido porque yo no me atrevo a insinuarme. A mí sí me da miedo, no sé, o mi ego no soporta un “no”.

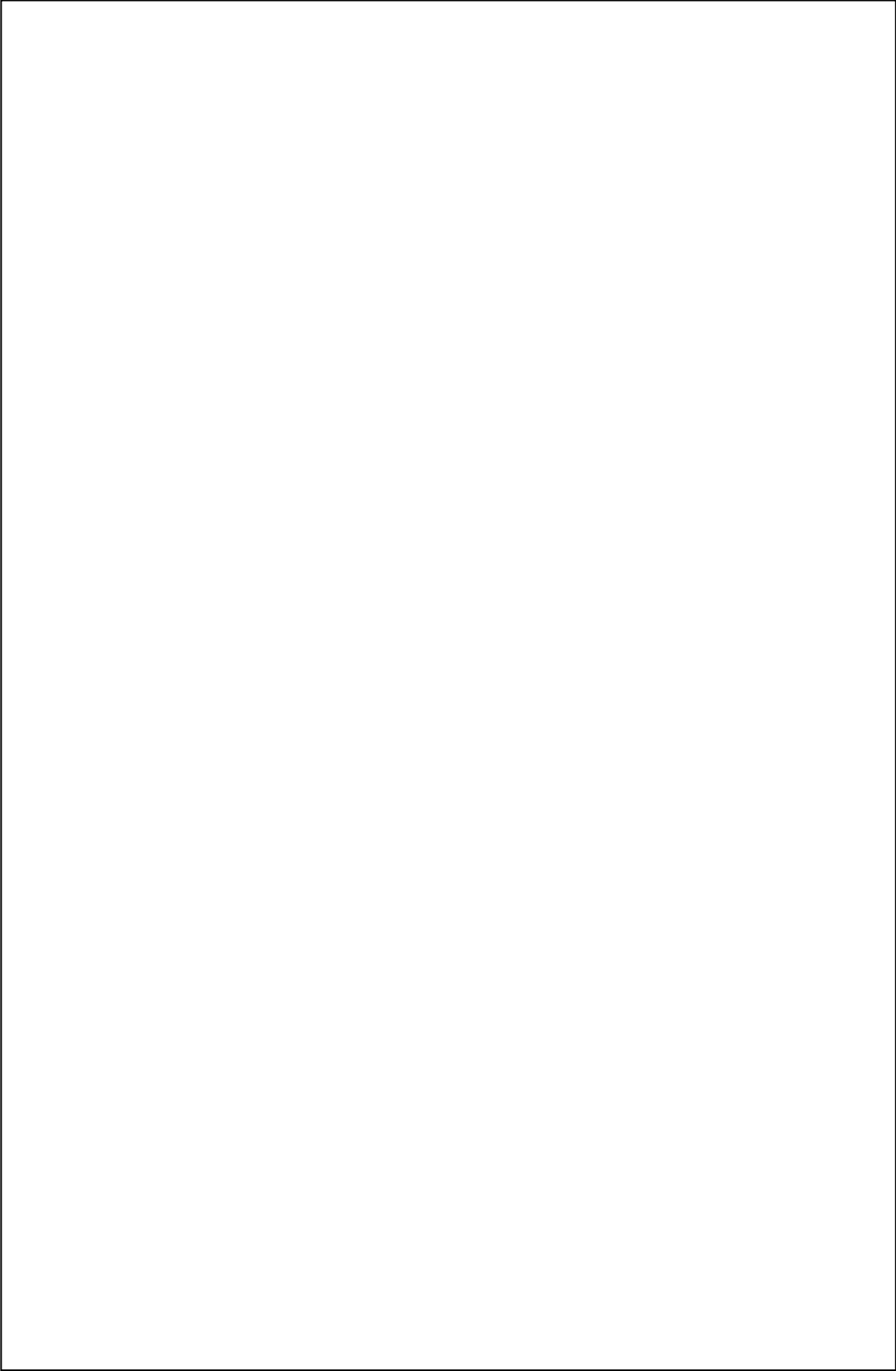
Un día fui con una amiga a Puebla, y se nos unió Juan Pablo a festejar mi cumpleaños. Yo iba fascinado y dije: “bueno ¿éste es regalo de cumpleaños ó cómo?”. Llegamos a Puebla y me dice mi amiga: “¡tú duermes conmigo!”. “Sí”. Pero me agarró en la *le/a* —a mí me agarras en la *le/a* tiro por viaje—, pero enseguida volteé y le dije: “Oyeme ¿pus qué te estabas pensando? Bueno, sí ¿verdad? Sí, tenías toda la razón”. Me dice el hombre: “¿nos vamos a cenar?”. “¡Claro!”. Y dice la otra “Ay, yo ya no voy con ustedes, yo me quedo, estoy muy cansada, yo me duermo”. Bueno, salgo a cenar con el hombre guapísimo, noche en Puebla, la luna llena, y de repente el tipo me pepena de la cintura en mitad de la calle y me dice “vamos a pecar de carne”. Yo no sé cómo no me desmayé de emoción, porque era para que me hubiera desmayado ¿no? Lo volteo a ver con cara así de “Pero, bueno, bueno ¡por favor! O sea ¿ya me encuero?”. Y volteo y me dice “pensaba yo en una cenita”. Suelta el maldito la carcajada, lo quería yo matar ¡era pa’ matarlo! ¿No?

Porque ésa es otra: todo el grupo gay con el que hemos convivido sabe que tengo pareja. Te digo: soy decente por imposición. Ya llegué a esa conclusión. Y bueno, me halaga el hecho de que saben que tengo pareja y que, por lo que sea, se limiten, pero ¿y los imbéciles que no saben? Pues sólo que fuera uno el monstruo de la laguna verde ¿no?

Si vieras cómo me divierto luego. Un día venía agarrado yo de Gustavo, mi amigo que es débil visual, e iba una muchacha delante de nosotros con una falda bastante corta y entonces, por donde íbamos pasando, el tipo de aquí le chifla “¡fiuu -fiuu! ¡Wow, succulento bizcocho!”, y volteo y le digo “Gracias”. Bueno, dice Gustavo que el tipo se desencajó. Entonces, ya íbamos metiéndonos al *metro* y seguimos caminando aprisa, porque como ése se encabronó tanto, “no me vaya a romper la madre”, así que “camina, camina”. A mí me salió del fondo del alma la travesura porque lo dijo aquí, al lado de mí, y me seguí con mi bastón. Me hizo el día ¿no?

La valía que tienes como persona es distinta a tu orientación. Estamos como en una época de respeto, tal vez no de aceptación pero sí de tolerancia. Encontrar un grupo de aceptación hoy día sí es más fácil. Pero yo, además, tengo que brincar a este hecho de “no ves” ¡Putá! entonces ya no soy de segunda, ahora soy de tercera. Eres gay y no ves, entonces las posibilidades se te hacen así de chiquitas, porque la gente, de entrada, la regla con la que te mide es: “de aquí a aquí te acepto, aunque seas puto, pero de aquí pa’ cá no te acepto”. He oído cosas de mis amigas que creo que yo, ni jugando, me atrevería a decir. Le comento a una: “Oye, qué bueno que estás embarazada,

me pongo a tejer en este momento". Y me contesta: "Ay, sí, bueno, ya cuando me vaya de viaje te dejo que cuides al bebé, pero... mejor no ¿qué tal si me lo haces puto?".



Vivir con VIH

Me enteré de ser seropositivo cuando tenía yo 22 años, la última confirmación me la dieron el 22 de enero del '95 a las cuatro y media de la tarde - meses después me empecé a quedar ciego- y eso fue el acto más *snoB* que he hecho en mi vida porque le tengo pánico a las agujas. Un día, caminando con el grupo de amigos: "Aquí está CONASIDA de la calle Flora". "Ay ¿qué tal? vamos a hacernos la prueba". Yo dije: "ay, no ¿agujas? No puede ser". O sea, la aguja en mi vida es peor que mi mamá. Bueno, entramos a hacernos todos la prueba, chu -chu -chu, y nos salimos a tomar un café, otros a bailar, lo de siempre. Regresamos por los resultados, pero ya no en grupo. El temor que había, yo creo, era mucho, la información era nula.

Cuando yo llegué, la mona ésa me dijo "¿Estás preparado para una respuesta positiva o negativa?". Me hizo sentir horrible. Yo me paré y le dije: "Señorita ¿hay alguien en esta vida preparado para algo?".

Y bueno, la primera salió positiva, y me dice: "ay, mira, lo que pasa es que la primera prueba se confunde porque, bueno, igual tuviste una intoxicación o sarampión o viruela o alguna otra cosa". Sí, yo había tenido una intoxicación un mes antes, de veras. Ya me quedé tranquilito. Y me hicieron la prueba *Western Blot*, que es la que se utiliza para confirmación de resultados. Regresé a los quince días y como que en ese tiempo no pensé, o sea, qué pasó en esos quince días, no sé, y tengo buena retentiva, pero no sé.

Me senté en la sala de espera y había una señora: trenzas, mandil, calcetitas. Y me dijo: "Oiga, si doy el nombre de mi hijo ¿usted cree que me den sus resultados?". "No creo porque nos dan un número de clave", le enseñé mi *car-né*. "Ay, me dijo, pues es que supe que vino aquí, y desde que vino aquí está muy triste y yo sé que esto del SIDA está muy duro, pero si mi hijo se contagió ¡que chingados! pues es mi hijo, al que se ponga tonto yo lo mato, si la única que lo puede apoyar o no lo puede apoyar, soy yo".

Ahí sí, yo entré con el corazón arrugado. Me volvió a decir la babosa aquélla que si iba yo preparado para una respuesta positiva o negativa, y le dije:

“*Darling*, no me apliques el protocolo porque conmigo no funciona, vamos a ver el resultado”. “Pues es positivo, ¿qué piensas hacer?”. “No sé ¿tú sabes qué vas a hacer mañana?”. “Es que te veo tan poco afligido”. “Pues ¿qué quieres que yo te diga? sarna por gusto no pica y si pica no mortifica”. “Bueno, pues éste es un *carné* para que te atiendan en Nutrición y te hagan los estudios y éste es el teléfono de una abogada por si te discriminan y éste es el teléfono de la asociación y si necesitas asesoría puedes ir con éste, con éste y con éste”.

Yo le había quitado todos los papeles, los traía aquí en la mano y caminé desde Flora, por el *metro* Cuauhtémoc, hasta el cine Plaza, en la Condesa. La cabeza me giraba, me giraba y decía “tienes SIDA, la gente se va a dar cuenta, no vas a poder volver a salir de tu casa, te van a señalar con el dedo, mi mamá me va a correr, dónde voy a vivir, me voy a quedar sin trabajo, no voy a poder volver a tocar a nadie”.

Bueno, cuando yo realmente estoy mal o algo me aflige, casualmente se me aparece un imbécil enfrente y en ese entonces mi jefa se estaba divorciando, me invitó a comer y que llora amargamente. Yo me acuerdo que la mujer movía la boca ¿qué dijo? ¡Sabe! ¿De qué se trató la plática? quién sabe. Me fui a casa de mi amiga Adriana, lloré como poseso seis horas, y no más. Y entonces decidí que esto iba a ser hasta que se me notara, como un embarazo. Pero yo no sé si dejé algún papel en la casa, en alguna parte, porque mi mamá se empezó a dar cuenta y desinfectaba el baño cada vez que yo salía. Yo creo que hurgó en mis cajones.

Ya había comentado que cuando yo estaba en secundaria, de catorce-quince años, mi mamá se encargaba de que yo fuera a Cuautla a contratar los servicios de las sexoservidoras para que se me quitara “lo amanerado” y me hiciera yo hombre. Mmmh, no sé, no quiero echarle la culpa a esto, pero siento que el *bicho* vino de por ahí, no puedo tener una seguridad, es algo muy difícil porque entre el tiempo que no supe lo que tenía al tiempo que supe lo que tenía, tuve relaciones sin protección, pero de todas esas personas —conocidas—, muchas no están infectadas. Y gente con la que tuve relaciones después de saberlo y que, por cualquier cosa, se te olvida, tampoco están infectadas.

Varios años después de platicar con mi tía sobre mis sensaciones homosexuales y un mes después de saber mis resultados positivos al VIH, ya andaba yo con alguien en forma, fue como el segundo novio: el amor de mi vida. Con este segundo novio sí se me volaron las tuercas y le perdí el miedo a mi mamá y a todo. En una ocasión, me escuchó hablando con él por teléfono, era una conversación romántica, de verdad, romántica, fresa. Se puso atrás de mí, cuando cuelgo y volteo, veo su cara hecha un basilisco. En ese momento me dijo “¿con quién hablas?”. Yo ya no supe qué decir, sólo “bueno, pos con fulano”. “¿Y a ése le dices que lo quieres y que no puedes vivir sin él? Grrrrrrr ¡te me vas! porque en mi casa no quiero putos; todos los putos mueren de SIDA y yo no voy a cuidar *sidosos!*”, punto. Fue un golpe bajo porque yo ya había hablado con esta persona y le había dicho de mi condición de seropositivo y me había dicho que no importaba, pero con mi mamá fue un

golpe muy bajo, fue linda la frase (suspira). Todavía tardé en irme de esa casa como cuatro meses.

Esta persona y yo duramos cuatro meses, él tenía pareja y yo era “el otro”. Y fue otro golpe peor, o sea, me sentía sucio, ligero, “embarazado”, muerto de miedo, en un mundo en donde no podías contarle nada a nadie. Y las dos o tres personas que lo sabían eran con las que tenías que llorar a moco tendido sin que los demás se enteraran ¡terrible!

Dejé la universidad, era febrero, me habían liquidado de la editorial y entonces empecé a buscar empleo, mal, porque encima ibas con el estigma de que no te lo iban a dar porque tenías SIDA. Me sentía grave, grave, grave, porque, si tú ibas a buscar trabajo y te hacían un estudio médico se iban a dar cuenta que tenías SIDA. Es como estar embarazada siendo soltera y vivir en una familia conservadora. Así me sentía yo: preñado y sucio. Entonces engordé otra vez y seguí buscando trabajo. Primero, no quieren gordos, después yo ¡con un miedo por la enfermedad! no quería pero ni que me volteara a ver la gente en la calle.

Fue esta época cuando le quitaron los ceros a los pinches pesos, los trabajos se vinieron al piso; se mataba la gente, mi mamá me había corrido, bueno, horrible ¡horrible! Yo, con una autoestima de miseria, que no quería pedir trabajo, que sentía que tenía tatuado en la frente: “tengo SIDA”. No, no, no ¡fue una época horrenda! Y porque tampoco quería salirme de mi casa. O sea, con todo y los malos tratos y con todo y las vejaciones –igual soy masoquista, no lo sé– era mi casa, mi zona de seguridad, me podía curar una depresión haciendo una rosca. Viviendo solo, pues no tenía yo horno y dónde chingados hacía yo una rosca. Mal plan.

En junio, una amiga abrió una empresa de computación y sabía que estaba infectado. Empecé a trabajar con ella de “hazlo todo por 600 pesos” y me fui de mi casa, pagando 500 de renta, en un lugar horrible, miserable, pero con la idea de que eso era lo que yo me merecía: primero, por ser homosexual; segundo, por ser portador, y por último, el estigma. Ese momento de mi vida fue *muy* difícil, trabajando como una bestia, contando los pesitos.

Vivir solo sí me enseñó a conocerme. Yo pensé que muchas cosas las hacía por imposición, y después me di cuenta que no, que era por gusto, por ejemplo, arreglar la casa. Puse un letrero afuera de la casita de “Se hacen composturas y arreglos”. Empecé a coser y como que empecé a calmarme, porque todavía me pasé tres meses peleándome con mi mamá sin vivir con ella. Sí, solito en la casa me peleaba con ella, entre reclamos del pasado, entre echarle la culpa por lo que tenía, porque en ese momento yo no pensaba con claridad ni sabía lo que sé en este momento. Me compré un espejo porque las clientas tenían que ver lo que yo les arreglaba o les cosía ¿no? Un día me di cuenta que estaba yo haciendo aspavientos frente al espejo y dije “bueno, a ver, yo así, como loco, grita y grita, mueve y mueve las manos y ella está en su casa tranquila, el que se está destrozando el hígado eres tú”.

Le estaba reclamando todo ¡todo!: la *dejada* solo, los malos tratos. Remover todo esto es difícil porque he ido dejando trozos de mi basura para ya no cargarlos. En esos tres meses empecé a hacer un inventario de toda la basura que traía yo encima, de todo lo que me había pasado. Era terrible, no me había yo sentado a ver qué tenía enfrente ni quién era yo.

Descubrí que no vivía yo para comer, que simple y sencillamente nada más era cumplirme el antojo y ya, satisfecho el antojo se acababa el hambre, que mi casa tenía que estar ordenada, sacudida, que me encantaba coser, que tenía yo una fuente de trabajo extra con la costura. Empecé a coserle a travestís, dos de mis vestidos ganaron un concurso, como que la vida cambió. Me cambié a una casa un poco mejor, me daba ya tales o cuales gustos, de ir al salón de belleza a arreglarme las manos, los pies. Hubo una reconciliación conmigo mismo, y a esa etapa de discoteca de viernes, sábado y domingo, porque había que aturdirse, no le había ya encontrado razón ¿Núcleo familiar? ¿Amigos entrañables? Pos no los había yo visto.

Entonces, económicamente me empecé a encarrerar. Ya cuando estaba yo estable, me entero que mi mamá tenía cáncer. Le llamo y la traigo a mi casa un mes y medio, mientras se operaba. Ése fue mi primer grave error. Empecé con los problemas visuales, y fue cuando conocí a mi pareja actual.

En esa época –'95, '96, '97– la comunidad gay no era muy consciente del problema de ser seropositivo. Y todas las revistas de circulación que en el momento empezaban a promover el uso del condón y a publicar artículos de SIDA, lo hacían de manera ¡caótica! Yo, en el '96, leí un folleto gordito, sobre el tema, y que hablaba de tres etapas y te pintaban a un monito que ya en la segunda etapa andaba con bastón, y en la tercera ya estaba grave ¡era mucho susto! O sea, según el folleto aquel, tú adquirirías el *bicho*; en seis meses empezabas a tener sintomatología y a los siguientes seis meses te moriste. Yo me quedé ciego en el '97; en el '98 empezaron a aparecer las “condoneras”, esos aparatitos donde pones monedas, giras y salen condones, y eran muy poquitos los lugares que las tenían.

Entre '93 y '97, para cuidarse, la única posibilidad era usar condón, pero, bueno, mi sexo no era de alto riesgo. Era sexo seguro, más bien, jugueteos, lo cual me encantaba. Para estas cuestiones “penetrativas” de un lado o del otro soy muy quisquilloso. Ésas sí eran con condón, como para un *flirt* clandestino. No había la cultura. Como por ahí del '96, había lugares, baños de vapor, donde ibas a tener sexo y de repente algún perdido por ahí llevaba un condón en la mano. La única forma de cuidarse era tener sexo seguro, o sea, sin penetración, sin intercambio de fluidos. El sexo oral es de alto riesgo.

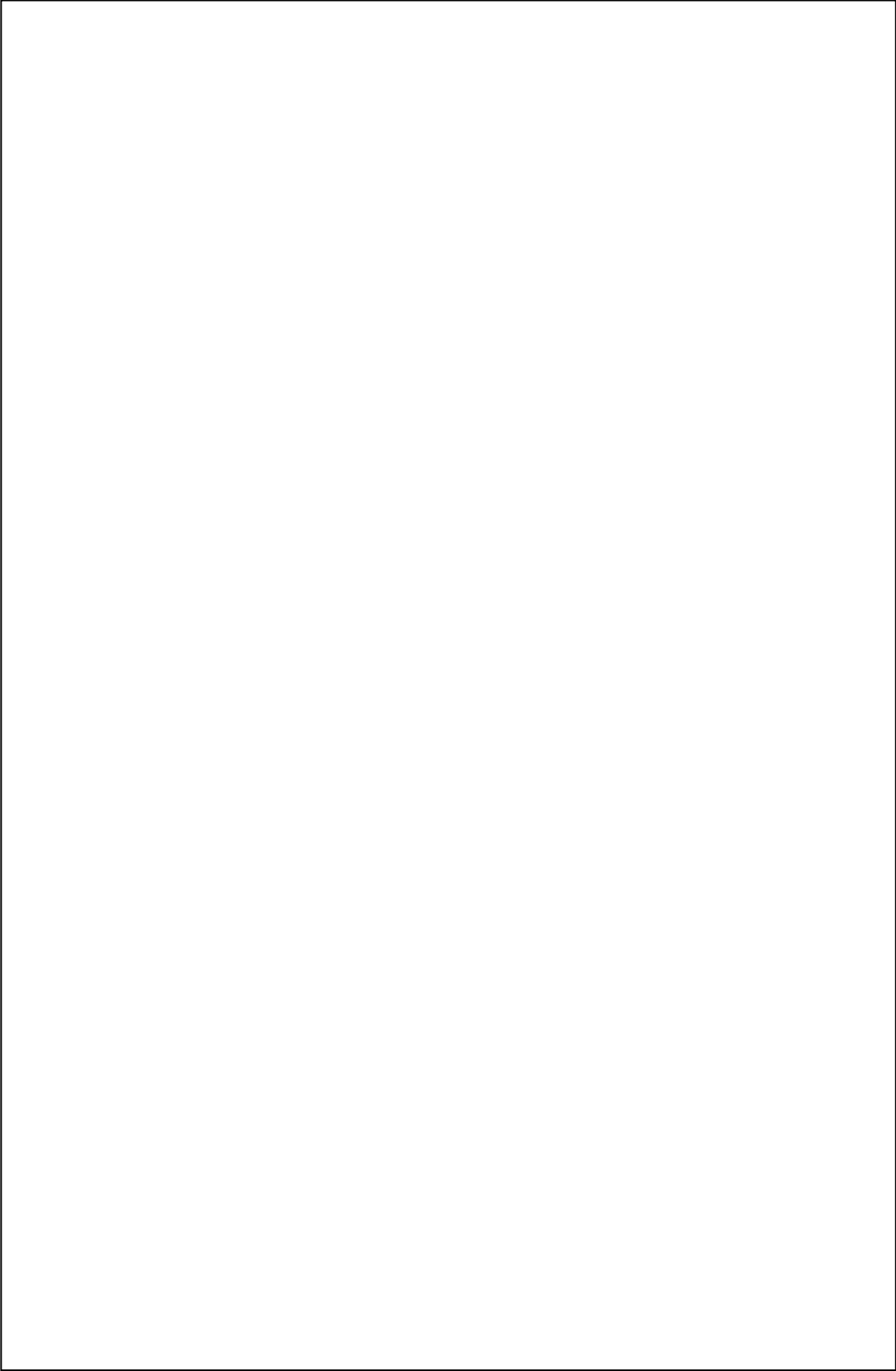
Cuando tú no dices que tienes SIDA, la gente hace cada comentario en contra, bueno ¡fatal!: “Sí los respeto, pero que no me toquen”, “pobrecitos, pero que no se mezclen conmigo”. Las españolas, *dizque* amigas de la familia, por ejemplo, decían que un niño con SIDA no podía estudiar con los demás porque “los chicos corretean, suben, bajan, vienen y, en una de ésas, se dan un tope de cabeza uno con otro, se abren la cholla y brota sangre, y sangre de

uno y sangre del otro, pues hay un contagio, y los niños, ya ves que luego se pelean y se muerden y se hacen y se toman..." Cuando yo dije que tenía SIDA, no fueron uno ni dos los que se tuvieron que tragar un atado de palabras.

Tal vez sea un exceso de honestidad decir que uno es seropositivo y no se deba hacer; me he llevado varios golpes por eso, pero yo oí muchas cosas antes de enterarme de cuáles eran los medios de contagio o antes de tener la capacitación o la orientación que tengo hoy: "no deben de cocinar porque si cocinan y se cortan, le cae sangre a la comida". ¡Ay, Dios mío bendito! todas esas cosas son la información que tienes, el miedo de qué te va a pasar, el miedo de qué traes encima, el miedo de que te rechacen los demás y todavía ese imaginario que tiene la gente sobre el contagio, *pos* no la puedes dejar al aire.

En mis seis años en la Escuela Nacional para Ciegos, yo tuve sólo dos opiniones negativas: uno que dijo que a él le daba mucho miedo que de un arañazo lo fuera yo a contagiar y otra babosa a la que le caía yo mal y que dijo que no quería trabajar conmigo, punto. Pero fuera de eso yo no tuve un problema con ninguno de los muchachos de la escuela, o sea, si yo cocinaba aquí, todos comían felices, el día que hacía yo pastel o comida en la clase de actividades de la vida diaria, hacían cola pa' comer y me acompañaban de compras y comíamos juntos. Y de repente me decían "ay, dame de tu *coca*" o "ay, quiero un traguito", "pos toma un traguito de mi *coca*". Tampoco tuve problemas con los profesores, mi maestro de encuadernación se portó divino; la maestra de costura, por el estilo, la profesora de conservas, igual, la maestra de manualidades, que era una señora ya mayor de la vieja guardia militar y todo, a mí nomás me dijo "nada más en este salón no ligués", pero fuera de eso, cero problemas.

Si a mí se me ocurriera hoy regresar a la Facultad, lo que perseguiría sería llegar y con toda la conciencia del mundo decirles: "bueno, les aviso: soy seropositivo". Hacer la aclaración también porque uno necesita ir mensualmente al hospital, ir a tomarse muestras de sangre cada cuatro o seis meses, tomar pastillas a ciertas horas, y no porque necesites un trato especial, sino porque tienes que faltar de repente a una clase o faltar un día, y no es por *güeva*, no es por manipulación, es por necesidad propia de la enfermedad. El *estrés* te juega muy malas pasadas. Entonces, no entiendo por qué, si tengo cáncer cérvico-uterino, puedo decirle al profesor que me voy a ir a hacer el *Papanicolaou*, o que me permita un momento, que me tengo que comer este pancito para poderme tomar un inhibidor de la célula cancerígena, y no pasa nada, todo mundo lo entiende perfecto ¿no? pero si yo digo que tengo SIDA ¡bueno! se desmayan. Y creo que tengo que decírselo a la gente, para qué engañar. Hoy en día, de repente, les digo a algunas personas: "yo tengo SIDA", y mejor en ese momento que se alejen o que se queden.



Ser ciego

Me empecé a quedar ciego a los 22 años, a lo largo de un año, no perdí la vista de sopetón, sino poquito a poco; me dio tiempito como de irme adaptando, porque la vida empieza a cambiar. Tendríamos que hacer un partea-guas porque las perspectivas son dos estilos totalmente diferentes, hay un pensamiento antes y otro después.

A finales del '95, me había cambiado a un lugar mejor, tenía más trabajo gracias a que empecé a coser, la posición estaba mejorando —yo creo que con base en mi autoestima—, tenía yo amigos nuevos, matrimonios o parejas jóvenes, como que estaba yo integrado a un grupo. Empecé a sentirme mejor, le bajé un poquito a las salidas, estaba más tranquilo. Es en esta etapa que empecé con los problemas visuales. Por ahí de marzo del '96 trabajaba en la editorial y cosía mucho, sobre todo en las noches. Me empezaron a bajar como unos aros dorados, como a deslumbrarme y decía “estoy cansado, he cosido mucho”. Apagaba la máquina y me acostaba a dormir, cerraba los ojos y veía verde, así, como si tuviera una lámpara, y no le hice mucho caso. Todas mis cortinas eran rojo escocés y de repente, con el ojo izquierdo veía yo tela roja y con el derecho le veía yo las rayitas y los cuadros, y decía: “¿cómo? ¡Ah, chinga, pos no veol!”.

Me mandaron hacer un par de gafas, pero me deslumbraba muchísimo el sol, yo le echaba la culpa a que mi casa era muy oscura y siempre trabajaba con focos, pero no, el problema fue avanzando, yo ya no hacía cambio de luces, la pupila no se me abría y no se me cerraba, me dio fotofobia, y de repente ya no veía bultos, en la banqueta “tiro por viaje” me daba en las espinillas con los postes, o se me atravesaba una silla que Dios sabe de dónde chingados había salido.

Un día entré a un edificio, acá en Magdalena Contreras, que estaba la mitad sumido y la mitad hacia fuera; entonces tú entrabas a la mitad del edificio, al *mezanine*. Entré, deslumbrado por el sol, a un lugar muy oscuro y me dice el policía: “regístrese”. Bueno, diez minutos para encontrar con el ojo con el que veía más o menos bien dónde demonios firmaba, agarré la pluma. “Ahí al

fondo está el elevador”. “Gracias”. Volteas y ves un ventanal por donde entra el sol de *madrazo*, todo lo demás oscuro y ves de repente unos foquitos: “Ah, bueno, ahí está el elevador”. Das cuatro pasos y de repente te topas con medio escalón, que no ves, y te caes, se te voltean el portafolio y la corbata, ya te desmadraste el pelo. Te tienes que parar, acomodarte todo y voltear y decir: “no lo vi”, porque *pos* qué otra cosa dices.

Salí del edificio, ahora de la sombra al sol, volteé hacia abajo para no golpearme las pantorrillas y no veo el quicio que había arriba, la trabe de cemento que era parte del adorno y me di de la frente a la nariz, a la boca ¡me he atizado tal *madrazo!* que reboté. Me subí al carro, lloré. Dije “bueno, éste es un problema porque hay cosas que no estás viendo, no tienes perspectiva visual, no sé si se te delimitó el campo visual o qué demonios te pasa, pero tú no ves, no eres oftalmólogo ni oculista y nunca en la vida habías usado gafas”. Después de que me adapté a la luz manejé todavía hasta la colonia Condesa.

Ahí empezó el peregrinar, cada día era peor el asunto. Se me ocurrió salir una noche al *super* y de regreso ya no veía nada, no veía el piso, venía yo tanteando, los carros me deslumbraban y ¡es desesperante! porque no puedes ni caminar a la velocidad que caminas normalmente, ni puedes tener la misma capacidad de reacción.

Me tocó vivir la ceguera con una inconsciente: a mi pobre madre, de verdad, algo le pasó en la cabeza porque si de por sí es bruta, ahora se puso estúpida. No hubo manera de entrar en su cabecita y la cosa se puso color de hormiga. Yo no sé si entró en una negación, en un proceso de no aceptación, no sé. Volteaba yo los vasos en la mesa, ella me gritaba, intentaba yo cocinar y manchaba la estufa, ella me seguía gritando. Caminaba yo y me golpeaba y me gritaba. Oír las estupideces que decía mi mamá, bueno, era como para morir.

Un día, me quitó el vaso, llenó un *pepcilindro*, lo puso en la mesa y me dijo “ya estoy hasta la madre de que tires el agua”. Abrí el *pepcilindro* y lo vacié en el piso y dije “¿a ver, qué vas a hacer? porque a mi también me tienes hasta la madre de que no estás entendiendo, estúpida, lo que me está pasando. De verdad te deseo con todo mi corazón que te pase lo mismo, en algún momento de tu vida”. Y era horrible, o sea, yo ya tenía los nervios destrozados, la otra gritaba, yo cada día estaba más torpe. Agarré el tejido y me perdía horas como para evadir.

Un día, habló mi pareja: “¿qué pasó, quieres tomar café?”. “Sí”. “Paso por tí”. Entonces fui al cuarto y dije: “bueno, que yo no vea, no implica que los demás no me vean”. Ciego y dando lástima, *pos* va a estar peor. Traté de arreglarme lo más que pude. “Ah, los lentes de contacto ¿verdes o grises? Verdes. Bueno, a ver, muévete”. Los rompí, no pude. “Órale, rízate las pestañas”, pero no te ves en el espejo de mano; el *rimel* lo llevo de aquí hasta acá en el cachete. Cuando terminé, mi madre me dijo “pareces payaso, ya no puedes ponerte esas madres, das vergüenza. Entiéndelo: estás ciego, pa´ qué te pones esas

puterías, ya te batiste toda la *jeta*". Me lavé la cara, nos fuimos al café, no dije nada, regresé, olvidé el sermón.

Mi pareja llegaba, me llevaba a la calle. Si le decía "llévame al parque", me llevaba, me decía "ten cuidado gordo, con eso, cuidado con la subida". Dentro de sus limitaciones, como que tenía más disposición. Un amigo me llevaba al centro a comprar hilo, me agarraba yo del bodoque aquel, casi me le colgaba de la espalda y me decía "no te vayas a caer". Y me enredaba yo con cualquier cosa, caía hincado y me decía "perdón ¿estás bien?". Todo mundo me trataba bien, menos ella.

Empecé a oír a mi mamá, me empecé a dar cuenta de que eso de "maldito zorro de mierda" era lo cotidiano y que sus palabras venían cargadas de mucho coraje y de mucho rencor, y con su entonación. La charla normal revela muchas cosas, las palabras de una persona en la cotidianidad llevan muchos mensajes ocultos, y son muy difíciles.

Cuando dejas de ver dices: "¿pa' qué prendo la luz de mi cuarto? si con luz o sin luz no veo ¿Dónde están mis cosas?" Me quiero servir un vaso de *coca cola* o hacer un *sándwich*: sí, claro, ahorita, darle vuelta a la cocina para encontrar el pan. Voy a prender la tele y *pos* ¿cómo? mejor me quedo aquí arriba de la cama. Y ése es un cambio de vida muy difícil: levantarte y abrir los ojos en la mañana y decir "¿'on 'toy? Sí, es mi buró, mi tapete, mi canasto de tejido, sí, estoy en mi cuarto". Pero la cocina y mi mamá ¡hijo de su madre! Primera regla pa' vivir con un ciego: no moverle las cosas de donde él las dejó. Ella es de las que cocina y te deja esto aquí, esto acá; tú vas a cocinar y vas a buscar el ajo, lo que haces normalmente es abrir la alacena y haces esto: pimienta, pimienta negra, pimienta blanca, orégano, comino, tomillo, ajo...

Empecé a ir a varios hospitales -más ciego me quedaba-, ya tenía que llevar acompañantes. Se me enredaban las patas con algo del piso, me golpeaba con las banquetas a la menor provocación hasta que definitivamente dejé de ver.

Decidí ir al primer hospital: Nuestra Señora de la Luz y me revisaron, yo no dije que tenía VIH y me dijeron que no tenía nada. "¿Cómo que no tengo nada?". "Tu problema ha de ser cardíaco, ve con el cardiólogo". Fui con el cardiólogo, me hizo un electro, bla-bla-bla: "No tienes nada, ve a Retina". Voy a Retina, bla-bla-bla: "No tienes nada". Pues dije: "el hospital no sirve".

Luego fui al Hospital de la Ceguera de Coyoacán y antes de tocarme, el doctor me dice: "eres gay ¿tienes algún tipo de enfermedad?". "No", le contesté. Y me mandó hacer otras gafas, y casualmente me aclararon esta parte borrosa que tenía yo del ojo, pero en tres días ya no funcionaban.

No regresé al hospital, porque un amigo me dijo: "déjate de hacer pendejo, tienes SIDA, yo estoy yendo al Centro Dermatológico Pascua y ahí hay un oftalmólogo, y la doctora que me atiende es muy linda ¡vamos!". "Vamos".

Hasta esa fecha no me había yo atendido nada del VIH, yo ya estaba seguro que esto era el primer síntoma y que en seis meses: ¡adiós! Entonces llegué al hospital, me revisó el doctor y me dijo que seguramente tenía un problema neurológico, que fuera yo a Neurología, pero que no me dejara hacer nada. Iba ya con unos problemas ¡duros! Fui al Instituto de Neurología, ya con un pase del Pasqua que decía que era yo seropositivo. En cuanto yo me senté en el consultorio, dijeron “esto es a consecuencia del VIH”. Y ni siquiera me habían revisado, lo cual se me hacía muy jalado de los pelos.

Me empezaron a atender y a hacer estudios y después regresé a Coyoacán. Esta vez me atendió una doctora, me trató muy bien, fue muy cálida, muy amorosa, compasiva y muy comprensiva. Hablé con la neuróloga del Instituto para que le enviara mi historial clínico. No sé cuál fue el diálogo, pero la segunda vez que llegué, la mujer me dijo que estaba en etapa terminal y que no había nada más qué hacer conmigo y me trató con la punta del pie. Ella sugirió inyectarme cortisona en el ojo y yo le dije: “bueno, doctora, yo sé que es muy buen tratamiento inyectarme cortisona en el ojo” -digo, en la sala de espera te enteras de lo que le hacen a todo mundo y muchas de las señoras veían esas manchas verdes que yo tenía y comentaban que con la cortisona inyectada en el globo ocular, recuperaban la visión- y me dijo: “no, pues es nomás por no dejar, porque tú estás en etapa terminal”. Dije: “¿por no dejar?”. Qué bueno que no, porque si me la han puesto, no te lo estaría yo platicando, porque con los líquidos del medio de contraste de la tomografía y de la resonancia magnética, se me desató una hipersensibilidad a los medicamentos, entonces, si a mí me hubiera inyectado esos cinco mililitros de cortisona, me habría matado de un infarto. Me habría hecho un favor ¿no?

De aquí me mandaron a Nutrición, pues estaban aplicando un protocolo para detener el citomegalovirus, y que me tenía que hacer unos estudios en el Centro Nacional de Transfusión Sanguínea, una prueba serológica. Los análisis carísimos: 8,500 pesos. Así que fui a hablar con el director, el doctor C., que me dijo: “no te ves pobre, ni hablas como pobre”. Le explico mi situación de que hace unos meses que no tenía trabajo. Muy decente, me pidió disculpas y no me cobró. El resultado de la prueba salió negativo y además yo tenía un conteo de 240 CD4. Entonces me pidió que regresara al Hospital de Coyoacán ya que la doctora que antes me había visto es especialista en ceguera y SIDA.

Regresé también a Neurología con los resultados de que no tenía citomegalovirus, me revisaron y dijeron que iniciarían un tratamiento con *láser*. El 30 de abril del '97 fue la primera sesión de *láser* y ¡la última vez que vi! Me hizo la doctora ARM once sesiones en cada ojo. Y me dijeron: “vas a tener que tomar esto” y me dieron AZT y 3TC. Son antirretrovirales, con un costo, no sé, de cinco mil, seis mil pesos. Y yo no tenía trabajo porque había dejado uno en marzo de ese año -ya no veía yo para trabajar, me enredaba con todo.

Con los medicamentos antirretrovirales me quedé calvo, sin cejas, sin pestañas, se me fue todo el pelo y luego me empezó a salir oscuro y ya no se pigmenta rojo si lo tiñes, o sea, me paro al rayo del sol y ya no “rojeo”. Antes de tomar estos

medicamentos yo era pelirrojo, parecía indio mixe, y era muchísimo más rizado, o sea, de cable de teléfono, horrible. El pelo, cuando me iba creciendo, haz de cuenta: aquí era café rojizo, aquí rojo y acá ya era zanahoria.

En enero del '98 me dijo la doctora ARM: "pues yo ya me voy porque me contrataron de tiempo completo en la Marina y ya no puedo seguir trabajando aquí, así que te quedas con la doctora...". Yo no supe cómo se llamaba esta otra doctora, lo único que sé es que era una mujer muy honesta. Se sentó enfrente del optómetro, me empezó a revisar y dice: "bueno ¿y por qué tiene puntos negros en el nervio óptico? ¡Eso es quemadura de nervio óptico! y yo no lo voy atender, discúlpeme, pero yo no me voy a hacer responsable de los errores de otro". Se fue. Yo me quedé frente al optómetro y la otra vieja, ahí parada y le dije "¿cómo que ya te vas y me dejas con esto? ¿Estabas experimentando, no sabías lo que estabas haciendo?". "Pues, si he sabido que te pones en este plan, ni te aviso", me contestó. Le dije: "no, no, ¡pérame, esto no es de ponerse en ningún tipo de plan, estamos hablando de mis ojos, y ahorita resulta que yo tengo quemadura de nervio óptico después de un año de tratamiento y tú ¿te largas? ¡Qué güevos!". Se dio la vuelta y se fue. Y yo me quedé en el consultorio ¡solito! Entonces, empecé a gritarle a mi pareja.

Entró al consultorio y dijo "¿qué te pasó?". "Pues nada, que ya se fue esta perra maldita y que ¡tengo quemado el nervio óptico! y que no hay nada más que hacer". Pero yo ni lloraba, pues estaba histérico, y él, que no ejecuta ante la tensión, se quedó pálido. En ese momento me quedaban tres cosas: matarme -que no iba a ser nada fácil, porque yo una vez lo intenté-; que ese hombre resolviera -que no iba a resolver-; o salirme de ahí. Entonces dije: "vámonos". "Pero ¿no vas a sacar otra cita?". "¿Como pa' qué? ¿Cómo, con quién?". Nos fuimos, llegamos a la casa ¡joder! El papá un macho, un viejito sucio, mi pareja inútil, su hermano, idiota y yo ciego, o sea ¡puta! un ramillete.

Me habló mi amiga Mónica y me dijo que fuéramos con un retinólogo particular, el doctor Pastrana, de la colonia Condesa. Vino hasta aquí para llevarme. El retinólogo me pidió otra fluorangiografía ¡carísima! en el Hospital ABC. Yo, sin dinero, mi pareja sin un trabajo estable, no, no, no. Pero, bueno, me hice el estudio, lo pagó una amiga de mi mamá. Ahí supe qué bonito era enfermarse con dinero. De repente pensé que tal vez ese diagnóstico me podría ayudar para levantar una demanda contra Neurología, por lo menos me tendrían que dar atención médica gratuita porque ahí me quemaron el nervio óptico. Pero me dice el retinólogo que "qué raro", que ARM es buenísima dando *láser*, que él no ve cómo pasó.

Así me dio el diagnóstico: "tú tienes una retinosis pigmentaria disfuncional, que aquí en México no la hay, eres el primer caso que veo, pero ya no hay nada que hacer porque tienes el nervio óptico quemado". Tengo entendido que la más común es la degenerativa.

En Neurología no estaba yo tratando con un médico general, sino con neurooftalmólogos, con toda la barba. Si no me hubieran quemado el nervio yo vería,

porque en Cuba están haciendo una cosa que se llama ozonoterapia². Has de cuenta: que en donde están los conos y los bastones, que se mueven y se ajustan para percibir luz y color, empiezan a salir manchas verdes y se hacen chicharroncitos. La ozonoterapia detiene este proceso y en muchas ocasiones revierte el efecto de la retinosis.

Yo entiendo que la retinosis pigmentaria es congénita, se da solamente en varones, o sea, si tu padre la tiene, es muy difícil que sus hijas la desarrollen. Sí hay mujeres, pero es una de cada mil, ésa es la estadística. Es hereditaria. Ahora veo un manto negro con puntitos verdes y según sube la intensidad de la luz sube el verde, pero que yo diga “veo formas”, no, no.

Entonces, yo tenía que decirles a Mónica y al retinólogo que tenía SIDA y enfrentarme a que le echara la culpa, porque tienes SIDA y bueno, hasta que se te caiga un pelo es su culpa. Ahí fue que decidí ¡ni un doctor más! Ya llevaba un año en el hospital, un año de inyecciones –les tengo fobia-, de resonancia, de punción lumbar, de tronarme los dedos de ¡con qué puta madre pago el estudio! Un año de que el día que necesitaba yo que fuera mi mamá por mí en el carro al hospital ¡no iba! o llegaba a pie. Y me daban ganas de abofetearla.

Un año de lloriquearle a las trabajadoras sociales, porque para enfrentarte a ellas tienes que ir con la ropa rota, los zapatos desgastados y como con tres días de mugre, porque las pobrecitas no entendían que yo era una persona que había trabajado, que tenía ropa nueva porque me la había comprado el año pasado y que mi mamá se hacía un copete de salón porque estudió cultura de belleza toda su vida, y que ella se pega las pestañas postizas. Tienes que caracterizarte de miserable para que entiendan que no tienes ingreso, o sea, yo creo que cualquier mente lógica diría “bueno, pues este idiota se está quedando ciego, no tiene trabajo y si ni seguro social tiene, pos ¿con qué chingados paga?”. Pero hay que suplicar, hay que mendigarles e inspirarles conmiseración, porque si no ¡no hay manera!

La diferencia entre un hospital privado y uno público es muy grande. Mi experiencia en el Hospital Inglés fue que a la 1:05 te pasa una enfermera muy amable, te sientas, te *mima* y dice “no se preocupe, no va a doler, el estudio no dura más de quince minutos, tómelo con calma, le voy a poner un catéter, le voy a inyectar la solución, si siente náusea me avisa, aquí tengo un botecito, estése tranquilo, respire hondo porque de repente el yodo da molestias estomacales”. Llegaba el doctor y te decía “pon tu carita aquí, éste es el optómetro, te voy a poner el lente, te va a lastimar un poco, trata de tener quietecito tu ojo para que terminemos rápido ¿te está molestando el catéter?”. “No”. “¿Te sientes bien?”. “Sí”. “¿No estás mareado?”. “No.” “Muy bien, mira hacia arriba, mira hacia abajo, mira hacia un lado, mira hacia el otro”, tu-ru -ru-ru-ru, “ya acabamos, te quito esto, muy bien, eso es todo”.

² Tratamiento que se aplica aprovechando las propiedades del ozono como germicida, hemorreológico (disminuye la viscosidad de la sangre), inmunomodulador y antioxidante cuando se aplica a bajas dosis.

Y en el Hospital de la Ceguera: “¡Siéntese, ponga la cara, no mueva el ojo, le vamos inyectar el yodo, relaje el brazo!”. “Señorita, tengo náusea”. “¡Aguántese porque si vomita ya no le hacemos el estudio!”. Entonces me paré y le dije: “Oiga, no soy una vaca y me siento mal, me duele, me molesta mucho el optómetro, tengo un año con esto metido en el ojo”. Entonces el pinche lente te baila dentro por mucha anestesia que tengas. En la primera etapa de la ceguera yo perdí el control de los ojos: uno me bailaba y el otro me zapateaba. No había modo de controlarlos, es una reacción normal, parecía yo el reloj de gato de los *muppets*: *tuc-tuc-tuc*. Y pos te gritonean ¡en los hospitales para ceguera! Te “tratotean”. ¿Con quién te quejas en un hospital?

Bueno, en este momento yo ya no veía nada pero barría, trapeaba, sacudía, planchaba, cocinaba, recogía platos, los lavaba, bañaba al hermano de mi pareja, lavaba ropa ¡todo! porque pues, es para lo único que sirves, y para fornicar. Y bueno, al único que te había tendido la mano, pues había que tenerlo contento y tratar de ser lo más útil posible porque estaba “haciéndote el favor”. Ahí me enfrenté a la vida de ciego. No es fácil. De repente mi pareja me corría, desesperado de tener que jalar con un ciego, desesperado de tener un tercer discapacitado en la casa. No es lo mismo trabajar para él solo que trabajar para dos. Y yo me iba con mi mamá y ella quería que me sentara en una silla a tejer y a criticar, y no me quería llevar ni a la tienda.

Llegó otra amiga y me sacó una cita en el Instituto de Oftalmología Conde de Valenciana. Me dejé revisar una vez más, ahora con la intención de iniciar mi rehabilitación. Me sale la trabajadora social con que “bueno, *pos a ver* si hay algún *lugar* y a *ver* si se puede”, ya que como tengo universidad y por lo tanto un *status*, pues yo tendría que pagar un rehabilitador de 1,500 pesos a la semana. ¡Hija de su madre! con perdón de ustedes, pero ¡son una pesadilla las hijas de puta! Y luego me dijo: “Pues ahorita no hay lugar, va a tener usted que esperarse a que tengamos una vacante, pero tiene que venir mientras a las pruebas y necesitamos que alguien se haga responsable de usted”. Ahí perdí el estilo, el *glamour*, la pose, la educación —y soy bastante tolerante—, y entonces le dije: “bueno ¿eres pendeja o estúpida? me quedé ciego, NO tengo trabajo, NO tengo dinero, esta pobre mujer —mi madre— no quiere gastar en algo que no vale la pena, no tiene trabajo, es costurera y tú ¿quieres que yo venga a dar ochocientas vueltas a verte la jeta? ¿Con qué dinero pago el pasaje, pendeja? ¡esto es de ya, me tengo que rehabilitar para ver si puedo conseguir algún puto trabajo o aprender a caminar en las calles, como los demás ciegos, y a ver qué chingados vendo, pero tengo que comer y hacer algo! Entonces no puedo esperarme a que a ti se te hinche la gana de hacer un trámite”. Enmudeció. Me levanté y me fui a mi casa.

Luego fui al Comité Internacional Pro Ciegos ¡otra! y ésta me salió más chingona todavía, porque —otra vez— como yo tenía universidad y el nivel de estudios ahí era muy bajo, pues me iba yo a aburrir y además porque tenía yo SIDA ¡y volví a reventar! y le dije: “bueno ¡no seas come-mierda, me estoy muriendo de hambre, necesito rehabilitarme y trabajar en algo!”, o sea, “¡qué te importa a ti si éstos tienen *kinder-garden* y yo tengo un cuarto semestre!

Oye, yo puedo dar clases de tejido, enseñarles a coser ¡por favor!". ¡Qué asco! sin zapatos, los calzones hechos un hoyo, sin dinero pa' salir...

De ahí fui a un centro de cómputo en Eje Lázaro Cárdenas, y que sí me recibían en ese momento, pero eran mil pesos al mes, y yo no los tenía. Luego mi tirada era quedarme en el internado de la Escuela Nacional para Ciegos, porque ya con mi pareja tenía problemitas.

Me recomendaron en la Asociación Casa de la Sal buscar tener seguro social. Me contrató una amiga, todavía la pobre con la idea de que yo tenía la posición de siempre, me dice: "Ay, ven a trabajar de tres a ocho, te entretienes, ahí te vas a ganar cualquier cosa". Ella, lo que no sabía, es que con esa "cualquier cosa" yo iba a poder comer. Era un despacho de diseño gráfico. Trabajaba en la recepción, contestaba los teléfonos, y como hablo inglés y el marido recibía llamadas del extranjero, pos estaban encantados conmigo: lo que sea de cada quién, soy bastante adorable cuando me lo propongo -ji-ji-ji. Entré al Seguro Social y me puse en tratamiento para el VIH.

Y te preguntas "¿cómo voy a llegar al trabajo?". Pos alguien te tiene que ir a dejar en la puerta y alguien te tiene que ir a recoger. "Gorda ¿cómo llevo al baño?". "Pos aquí derecho, a la izquierda das vuelta en 'u". Gracias a Dios tuve concepto del espacio, pero también me daba con la mesa de centro, la rodeaba.

Yo mecanografiaba, anotaba en la máquina mecánica los recados, pero no los podía ver. Ahí duré cinco meses, hasta que el marido me echó los...perros. A mi amiga se le volaron las tuercas un día y me corre: "Te largas ahorita" (chasqueando los dedos). Yo no supe si se dio cuenta. Me cagoteó, cagoteó a la otra compañera, bueno ¡hizo un desmadre! Le digo: "cálmate ¿qué te pasa? Tranquilízate, las cosas no van por ahí, contrólate, están tu marido y su socio, no veo el caso de que te pongas tan nerviosa ¿te hago un té? o...". "¡Sí! ¿A mí un pinche ciego me va a decir lo que tengo que hacer? Ahorita, ahorita te largas de jaquí!".

Pero yo no caminaba con bastón todavía. No es lo mismo tener la imagen de un ciego caminando con bastón que agarrar un bastón. Pues como me corrí, yo agarré el teléfono para llamarle a mi tía, que vivía muy cerca, a ver si me hacía favor de venir por mí, pero mi amiga arrancó el teléfono y lo tiró al piso. Yo, en ese momento, enmudecí. Me puso un papel en la mesa y dijo "¡Y me firmas! Porque no quiero volver a saber nada de ti". "Sí, mi amor, cómo no".

Había una escalera de caracol enorme, sin barandal, a la que yo le tenía pánico, bajé agarrado del tubo de en medio. Cuando salí, azotó la puerta, salió su tía, que era lindísima: "¿Cómo se va a ir si no sabe caminar?". Llegué a la banqueta y empecé a caminar ¿cómo? No sé. Y donde yo sentí esquina pos me di la vuelta, era un taller, salió uno de los mecánicos y me dijo: "¿Hacia dónde va?". "Quisiera tomar un taxi". "Yo lo llevo". En Revolución me subió a un taxi y llegué a casa de la abuela ¡a moco tendido!, boté un lente de contacto, el *rimel* hasta acá -porque iba yo impecable a mi trabajo-, o sea, total-

mente descompuesto, lloraba yo como Magdalena. Todavía no entendía por qué había sido, pero la abuela, para mí, era un camino.

Esa misma semana ya tenía cita para ir a la Escuela Nacional para Ciegos, era mayo del '98. Me acompañó mi pareja. Es muy bueno como apoyo y verbalmente: "Mira, no te preocupes, quién quita y ahora las cosas se ponen mejor, no te desesperes". Pero "no te desesperes" ¿con un hombre que no se mueve y que por "cajas destempladas" te corría? Porque a las primeras de cambio te decía que quería vivir solo. Me empecé a dar cuenta de que mi memoria recordaba las estructuras y las formas, las calles, todo lo que yo había visto me funcionó, entonces, para llegar a la escuela le dije a mi pareja "Cruza aquí, da vuelta a la derecha y por aquí va a estar".

Ahí me topé con la primera trabajadora social inteligente, Martha Alicia Cortez. Me preguntó "Andrés ¿qué quieres?". "Pues es que, mire, yo tenía un trabajo así y así, pero yo no sé leer ni escribir como ciego, a fin de cuentas soy un analfabeta; yo tejo, soy diseñador de modas y puedo dar clases de corte y confección o de tejido, necesito rehabilitarme, la-la-la, y necesito integrarme al mundo, como ciego, por favor". Yo no sé qué hizo ella que ya me inscribió y yo, a las dos semanas, estaba tomando mi primera clase de *Braille* y de bastón.

Mi mamá me llevó las primeras dos semanas. En ese entonces, vivía aquí con nosotros porque había tenido un pleito con la casera, pero resultó que la señora se fue a Tabasco y chingue a su madre el ciego.

Entonces, un amigo se vino a quedar quince días para llevarme a la escuela, pero sólo ese tiempo. Encontré a una amiga del trabajo que se volvió cristiana y se ofreció llevarme a la escuela, claro, para convertir mi perdida alma ¿verdad? Porque ¡huy! ésos son un capítulo en mi vida, los cristianos ¡híjole! entre las trabajadoras sociales y los cristianos se van a ir al infierno los dos.

Mi pareja me llevaba hasta el *metro* Mixcoac y yo, con lo que sabía medio mover el bastón y con mi buena memoria, me iba a Tacubaya, trasbordaba agarrado de la pared, así, como la araña, y me bajaba en Pino Suárez, ahí me recogía esta amiga y me llevaba a la puerta de la escuela hasta que un día me dijo que me iba a llevar a un internado cristiano, donde me iban a dar rehabilitación, la palabra de Dios, casa, vestido y sustento. Bueno, se fue a chingar a su madre de puntitas, porque pues no, por imposición, no. Y se fue. Y entonces ya lo tuve yo que hacer solito.

Habría recibido algún mensaje de Dios o no sé si lo hizo por aquello de "cuídenlo", pero mi amiga le comentó a una de las coordinadoras que yo tenía SIDA y se riega como un polvorín en la escuela. La maestra de actividades de la vida diaria -somos íntimas amigas hasta el día de hoy- me dijo llorando: "Discúlpame, Andrés, has sido mi mejor alumno, pero te tengo que dar de baja por las cosas que ya dije anteriormente". La de orientación y movilidad con el bastón, por el estilo. Un día le dije: "Maestra, déme la mano para pasar", y me contestó: "No". Dije: "no se le va a pegar el SIDA, le juro que no se le va a pegar". "No, Andrés, no lo hago por eso". Me dio de baja en un mes.

Algo que fue muy simpático en la escuela es que a pesar del nivel cultural de los muchachos que estudian ahí —muchos son de rancho—, no tuve problemas con ellos, todos fueron muy cálidos conmigo, muy compasivos, muy comprensivos, me tenían consentidísimo, ellos y ellas, como que era yo la “Señorita Popularidad” en muy buen plan. Tampoco hubo bronca con ciertos docentes, pero resulta que había una pareja de lesbianas, que eran la subdirectora de la escuela y la coordinadora de masoterapia, y ésas fueron el problema. Fue lo que yo no entendí, o sea, ahora resulta que la comunidad gay me iba a discriminar y me hacía la vida imposible.

Entré a un taller de encuadernación y ellas me sacaron porque “no era seguro”. El maestro les dijo que yo era una persona que hacía las cosas con muchísimo cuidado, que era de sus mejores alumnos, que no me hicieran eso, que me dieran la oportunidad, que él me podía dedicar atención y tiempo. Entré a un taller de conservas y cocina: lo mismo. En el taller de costura, igual. Entonces, cuando yo les dije: “bueno, a ver, infórmense bien y a mi denme bases sólidas de que puedo causar un contagio —yo no estaba informado tampoco— y yo me acato, pero que les quede bien en claro que si no hay una base sólida los demando en Derechos Humanos”. Nunca me la dieron.

Yo había entregado un resumen médico a la coordinadora de trabajo social, ella lo guardó en el archivo, ahí decía que yo era seropositivo, me sentía en la obligación. Le dije a esta mujer que me inscribió, que me daba mucho miedo un golpe, un intercambio de sangre, una cosa así, porque esas ideas me las había metido todo mundo.

Con la pérdida de la vista la memoria empieza a caminar, yo creo que fue lo primero que empecé a usar más. Entonces, iba al baño y decía “ah, el sofá y la cajonera, la puerta, párale, párale, tócala, tócala”. Eso que estiras la mano y la puerta está exactamente allá o está abierta, y tú estás poniendo la mano por acá. Pierdes también la dimensión del espacio: tiras el vaso, te pegas con la puerta.

La escuela está en Mixcalco, en el mero corazón del centro, la estación Zócalo te queda a seis calles, la estación Merced también y la de Tepito, igual. Hay una callecita que se llama Licenciado Verdad y desde Correo Mayor empieza a haber ambulantes, también en Moneda, en Guatemala, y pasas por las tiendas de telas que hay en Academia, rollos y rollos. Ahí está el Museo José Luis Cuevas y se les ocurrió poner ¡esculturas de metal! en su banqueta, para que te rompas la cabeza.

En la calle de Leona Vicario y el callejón de Manuel Doblado hay locales y puestos ambulantes de ropa, los comerciantes sacan frente a su local un puesto, hacen una sucursal, y entonces tú tienes que caminar *todas* esas calles entre los puestos de la banqueta, los de abajo y los que están en medio de la calle. Pero todos ellos te tratan muy bien por ser ciego, te ayudan. Llegando al eje de Guerrero, yendo al *metro* Tepito ya hay zapatos, *videocasetes*, *cd's*, ropa, juguetes...

Del *metro* Merced tienes que caminar tres calles a Circunvalación, ahí está más bonito porque caminas entre las prostitutas, los chineros -ésos que te roban el bolso haciéndote la llave china-, padrotes, perdón, proxenetes -que es una profesión bien divertida-, policías, artesanías ¡y más ambulantes! Entrar a la estación Merced ¡es estoico! porque hay como *tianguicitos* de puestos. Ésas son tus rutas de acceso, tomando en cuenta que el *metro* no te cobra y que es lo más seguro para moverte siendo ciego.

Es muy difícil moverte porque tú tienes costumbres visuales, así las denomino, pero no ves. Si antes, normalmente en quince minutos estaba yo arreglado, ahora hay que tocar toda la ropa del *closet*, planchar con calma, peinarte con dedicación, “a ver ¿dónde está el pelito?”. Agarras el rastrillo por inercia y dices: “no veo, me voy a cortar el dedo, me voy a volar la patilla”. Igual, rizarle la pestaña, ponerte rímel, y preguntarle a mi pareja “¿me manché, no me batí, no me quedó un grumo?”. O sea, también fue hostigarlo en todo este tiempo: “¿planché bien el pantalón, no lleva tres rayas?”, “¿verdad que éste es verde y esto es negro?”, “y la corbata ¿es la verde con dorado?”. “Ah, bueno”. Fue horrible ¡horrible!

No es lo mismo la memoria óptica que tienes en la mente para caminar cuatro, cinco o seis calles, a caminarlas con los ojos cerrados, o sea, sin vista. En alguna ocasión que fui a la tienda, nunca tomé en cuenta que había banquetas, además el diseño de la banqueta era: plancha de cemento, huequito para pasto, plancha de cemento, huequito para pasto, y entonces, cuando cayó la punta de mi pie en el huequito me fui de hocico contra el quicio de la banquetita y la rama del árbol.

Yo antes fumaba y no tenía olfato, para poder oler algo, tenía que pegarle la nariz, y ahorita percibo todo. Bañarse era una necesidad imperiosa porque empezabas a sentir que no sudabas; vienes de la calle, que ¡huele a excremento!, te subes al *metro*, te bajas, yo no sé cómo soportan el aroma de la misma ropa de dos veces, o de un pantalón, créeme que es una cochinado. No puedo, porque la maldita nariz te mata, pero de verdad te mata, caminas en la calle -y a mí, que todo se me antoja de comer- empiezas a oler que el aceite huele a rancio, que el vaso huele a *xoquía*, a huevo, que la mesera huele a regla. Un día venía yo caminando con los ciegos, yo traía ese olor que todavía no sabía qué era, y de repente dicen dos de los muchachos: “Ah, mmmh, chapulín ¿ya oliste?”. “Mmmh ¡ay, chapulín, huele a mujer hermosa!”. Me paré y les dije “¿a qué huele?”. “Huele a fresco, es un olor que todo mundo conoce” y les dije: “No, yo no lo conozco ¿a qué huele?”. “Pos es que esa muchacha ha de estar reglando o tendrá ganas”. Porque hay quien percibe el olor de feromona de atracción. Yo, gracias a Dios, me lo confundo y no quiero hablar de ese tema ¡De verdad que es horrible! Tienes aquí también ese olor a sudor que tienen los hombres después de las seis de la tarde ¡no, no, no! ¡El calcetín, la pata, el calzón! ¡en qué maldita hora pude oler! ¡El olor a genital sudado... no sabes! El mundo es de olores, yo me hice súper sensible a ellos pero no todos los ciegos son así, mi amigo Horacio es muy resistente a los olores.

Entrar a los lugares donde huele a humedad: las alfombras de las tiendas grandes departamentales apestan a madre, a puritito polvo, nunca aspiran, creo. Los aires acondicionados apestan a animal muerto. En ese mundo de olores se vive. El baño de aquí yo lo lavo un día sí y un día no, porque no soporto el tufo y les pregunto “¿lo encontraste en condiciones?”, no puedo poner tapetes o forros porque siento que huelen. Aprendí a hacer pipí sentado porque yo pensaba que el olor a amoníaco de la orina era porque tal vez, como yo no veía bien, salpicaba el retrete. Todos los baños que conozco, así sea el de las amas de casa más limpias, huelen a amonia y va subiendo de amonia a huevo podrido.

Cuando estás ciego, descubres también un ruido espeluznante, porque resulta que ahora te enteras que escuchas. Porque a dos metros de ti se oye el ruido de platos –clash, clash-, de tenedores -clic, clic, clic- y de agua que se sirven –chhhshh- y la de atrás habla de que el marido no coge y la de allá, que el marido la engaña y la de acá, que fulanita de tal usa la falda tres dedos abajo del calzón a los 60 años y el de acá habla que la secretaria se le está lanzando y que usa unos calzoncitos muy atrevidos; allá grita un niño y acá zapatea la otra, se oye un encendedor y por allá escuchas la fuente y acá una música rara. Y tú, en medio. Quería yo hacer las orejas así, como perro, porque no lo aguantaba, era horrible. ¿Cómo puedes adquirir la capacidad de comportarte como una persona normal cuando tus capacidades sensitivas no lo son? El normovisual no tiene conciencia de sus otros cuatro sentidos.

Ahora, no es lo mismo llegar a una cafetería cuando ves. Al interlocutor con el que sostienes una charla, le ves la cara, está a gusto, está interesado en lo que le estás diciendo, está viendo al otro lado, está ligándose a alguien más, tiene una actitud que tú perfectamente bien la entiendes, de manera visual. Vivimos viendo, punto, nada importa más que la óptica: si aquella trae *wonder bra* ¡qué maravilla! la estás viendo ¿no? O trae la media que le levanta la pompa y se ve preciosa.

La tecnología, también, la están haciendo visual, te están poniendo pantallas planas para que tú toques, nada más, y por muy desarrollado que tengas el tacto, hay plataformas que no las sientes. Se les está yendo a los ingenieros esta parte.

Tenía yo espejos por toda la casa. Me volteaba yo a ver al espejo del tocador, al de la puerta, a la luna del vestidor, con el espejo de mano lloré hasta que me harté: “¿Para qué te vistes si tú no ves? ¿Por no andar desnudo?”. Llegas a pensar que te daría lo mismo salir en camisón a la calle, hasta es más cómodo. Eso de abrir el *closet* y decir “*pos* ¿qué me pongo? como ¿pa’ qué? o ¿qué? si yo no veo”. Ahora “¿qué tengo que hacer para vestirme? buscar algo cómodo, calentito, fresco, o sea, ultimadamente a mí que madres me importa el color ¿no?”.

Para el control de mi ropa, uso cuatro botes: para la ropa blanca, para la beige, verde claro y gris, para la ropa negra y otro para la ropa roja, chedrón, vino, púrpura o morada. Hago diferentes nudos para los calcetines. Procuo comprarlos de un color, por ejemplo blancos, todos del mismo modelo. Lo

mismo hago con calzones y camisetas. Entonces, es muy raro que yo compre colorcitos distintos en ciertas cosas.

Tengo un gancho de camisas rojas, otro de camisas anaranjadas, amarillas, verdes, azules y negras, y procuro que las texturas o los cortes sean diferentes. ¡Para no salir como arco iris! No puedo comprar dos pares iguales de zapatos porque me da pavor salir con uno de uno y otro de otro. Trato de comprar zapatos que sean de diferente modelo o que tengan algún distintivo raro, para saber cuál es el negro, cuál es el café y el blanco; los tengo cada uno en su caja. El orden, para el ciego es vital. Y que te respeten el orden, eso es un problema todavía más fuerte: a la gente le vale.

No tienes las opciones que tienen los normovisuales. Por ejemplo, yo pesaba 65 kilos, podría pararme en una esquina a prostituirme —quien quite y la pegaba yo— o me podría ir a hacer limpieza a alguna casa porque eso lo sabía yo hacer muy bien, pero ¿ciego? pos no. Creo que hablar de discriminación es un tema muy difícil porque la gente tiene la idea de que eres ciego y eres idiota; eres ciego: eres muy pobre, eres ciego: eres un inútil, eres ciego: te tengo que asistir. Yo no dije que no a nada, reflexioné: “me tengo que integrar a este mundo”, porque este mundo no está hecho para los ciegos.

Ayer, mi amigo Horacio y yo fuimos a comprar un celular. Pidió un teléfono de nueva generación. El muchacho que lo atendió, contestó “Sí, hay tal modelo y tal modelo, cuesta cuatro mil y tantos”. “¿Nos lo enseñas?”. “Sí”. “¿Y el otro modelo?” preguntó mi amigo. “Pero éste cuesta 10,500 pesos” ¡Por poco boto los lentes de contacto! Entonces, volteó mi pareja y dijo: “el que veas que los muchachos son ciegos no implica que no te puedan comprar un teléfono, ten mucho cuidado con el trato que le das a tus clientes”. “Ay, perdón es que...”. Ya no sabía qué hacer. A mí me temblaban las manos, yo estaba así ja punto de *sorrajarle* la tarjeta de crédito en la jeta al baboso!

Para entender la discapacidad, cualquiera que sea, tiene que haber una sensibilización, desde vivir con ella o tenerla muy cercana. De lo que me he estado dando cuenta es que no nada más te discriminan por fuera, te discriminan tú, porque no aceptas tu perspectiva actual.

Cuando voy con mi pareja se dirigen a él. Pero no creo que haya mala fe, es que no saben cómo dirigirse a mí. No les da la cabecita, por esa analogía que hacen: ciego igual a idiota, igual a pobre, igual a retrasado, igual a lejano del mundo. Tal vez no es ni siquiera despectivamente lo que están haciendo, o no tratan de minimizarte, es que no tienen la capacidad de entender cómo dirigirse a ti.

Yo tampoco sabía tratar a los ciegos. En una ocasión, cuando todavía veía, había yo ido a teñirme el cabello por el *metro* Portales, venía un señor muy guapo, con un traje azul plúmbago, precioso, afeitado, oloroso a perfume, el pelo recortado, peinadito, las uñas immaculadas, venía caminando con su bastón y su portafolios en aquel mundo de gente. Yo dije: “ha de ser abogado”. Había un puesto de lámina y él venía derecho al picaporte, le pegué un

grito: “deténgase porque se va a golpear la frente” y se paró. “Ah, muchas gracias”. Pero yo no lo toqué, porque no sabía cómo.

Así, oía a un ciego caminando atrás de mí y me hacía al otro lado para que pasara. Mamá una vez se enredó con un señor en ese juego de “hazte a un lado” y se hacen al mismo. Él se enojó. El ciego es muy irritable. No todos tenemos la misma cultura y la misma disposición de integración. Yo la adquirí o ya la traía o tal vez soy un ser sociable y busco la manera de halagar a los otros.

A algunos ciegos les vale madres y hay quien tiene la teoría de que la sociedad les tiene que compensar el daño en el que ellos viven. Hay como un enojo, en algunos, una molestia espeluznante y una actitud de defensa horrible; la gente no sabe cómo acercarse a un ciego, hace lo que sabe desde una perspectiva visual, entonces tú vas caminando con tu bastón, te agarran del brazo y te dicen “para acá porque te vas a pegar”, pero ya te deslizaron medio metro, y ya te perdiste. “¿Te cruzo?”. “Sí”. Sin malicia te ponen en sentido contrario en la otra acera y ya perdiste la orientación. Y tienes que aprender a sentir pa’ dónde está la pared, porque si la pared está de este lado voy bien, si la pared esta acá ya me chingué, no sé pa’ dónde estoy.

Integrarse de ciego a una sociedad de normovisuales es muy difícil, pero no por ellos, sino por uno mismo. Yo no sé si por el hecho de que yo si vi, me integro más rápidamente, pero he conocido gente que no ve que no se integra y que hay cosas que le valen un pepino. El profesor de masaje vio en algún momento de la vida, le dije “oye, qué bonita está tu camisa, es algodón peinado ¿dónde la compraste?”. “No, yo no la compré, me la compró mi esposa”. “¿Qué color es?”. “No sé, mi esposa me pone la ropa en la cama”. “O sea, que si tu mujer te viste de rosa y lila, tú sales de rosa y lila”. “Ay no, no me va a comprar ropa de puto”. “Eso crees -le dije- ¡qué tal si te disfraza de puto pa’ que no te volteen a ver las viejas en la calle!”. Fue una bobada y una broma muy negra, pero a partir de ese día, el hombre sabía de qué color iba vestido.

Pon tú que yo hubiese quedado débil visual, es una ganancia grande. Como la retinosis que tengo es disfuncional, la retina está intacta, entonces tal vez un *chip* con un impulso eléctrico obligaría a los bastones y a los conos a que trabajaran. No estoy peleado con la idea de volver a ver; sí, me gustaría ver algunas jetas, ver en qué se ha transformado la ciudad o ver la cara de mi pareja cuando se queda mudo. Diría yo: “me está haciendo una broma el desgraciado” o “me saca la lengua el maldito”.

Adaptarse a la condición de ciego es muy difícil porque tú quisieras seguir haciendo las cosas de manera visual y te das cuenta de que eso no te funciona, te agachas, te rompes la madre y en la cocina, sales con el cuchillo en el dedo y en el costurero, tienes las agujas clavadas entre las uñas, bueno ¡Dios mío bendito! De veras que acaba uno con los nervios destrozados e histérico, y peor aún si tienes pareja y tienes ganas de tener relaciones sexuales, créeme que la persona se *friquea* arriba de la cama ¡qué horror!

Y un problema que sí ha sido muy duro es esta interacción sexual con otros seres humanos: ya no la hay. Le estaba yo diciendo a mi pareja: “pues sí ¿no? qué *güeva* tener que coger con el mismo cuando ¡hay *tantas* oportunidades afuera!”. No sé si lo entendió o lo estará rumiando, pero es una realidad palpable: no le puedes exigir al otro que te haga feliz, me queda clarísimo. Y también me pregunto “si le hago la vida miserable ¿qué chingados hago aquí?”.

Una vez, por parte de la escuela de ciegos fuimos a ver una exposición de Día de Muertos al museo Dolores Olmedo. Me puse un pantalón muy bonito, una camisa que almidoné y planché, un chaleco precioso y me puse los lentes verdes, y como ya tenía dominado el rímel me levanté las pestañas, bueno, iba yo “echando tiros”. Íbamos con maestras para ciegos, con las *profesionales*, que explicaban así: “Aquí hay una exposición de Diego Rivera que se llama Madre Tierra, son pinturas al carboncillo”. “Ah, bueno”. “Y aquí vemos a otra modelo de Diego Rivera, de rasgos indígenas, muy mexicanos, con una blusa de hombros desnudos”. Cuando se va la vieja, me pregunta una compañera: “Oye, Andy ¿qué son los rasgos indígenas?”. “Se refieren a estos ojos en forma de almendra -dame la mano-, muy negros, grandes, expresivos, brillantes, que dan una imagen como de mucha angustia, como de mucho dolor”.

Seguimos. “Y aquí hay una catrina de papel *maché* vestida de tehuana”. Y mi compañera: “¿cómo es la tehuana?”. Y ya le expliqué lo que es el traje típico oaxaqueño y cómo se tiñe. Cuando me di cuenta, ya tenía yo a todos los ciegos aquí. Entonces mi compañero Pablo dijo: “Echen a Andrés por delante y que él nos explique porque estas pendejas no abren el hocico ni pa’ decir *pío*”. Pablo era chofer de microbuses y se quedó ciego, Horacio se quedó ciego a los cinco años, Silvia, a los dos años se quedó ciega, Irene nació ciega, Ricardo nació ciego, a Mireya se le enredó el tacón el día de los xv años, se cayó de la escalera y se le desprendió la retina.

Las maestras querían que tomáramos nuestro *lunch* no en un parquecito sino sentados en la estación del tren ligero porque teníamos que llegar a la escuela a las doce porque a esa hora se iban ellas. Aquí yo creo que sí hay dolor porque ellas están sensibilizadas, son las maestras para los ciegos. Y en realidad no llevaban a los ciegos ¡No! los ciegos se agarraron de la maestra Lilia y del señor Javier, que eran débiles visuales, y mis compañeros Gustavo, Horacio, Lulú y yo íbamos tomados de María Elena, la maestra de matemáticas ¡que era ciega! Decidimos comer en el centro.

Veníamos ahí en el tren ligero y dice Lilia: “pos tendremos que cantar para sacar para la comida”. “Pos órale, le dije ¡vas!, ¡ay, sí! ¿Verdad? ¡Chíngue-me yo! Tú no, vas a perder el *glamour*... Sí, sí, dame la gorra”. Empecé a caminar y a entonar: “Perdida, porque al fango rodaste...”. Le dije a mi compañero Gustavo: “a ver qué puta madre se siente”. Yo soy así, no me da miedo lo novedoso, no me da vergüenza, ya eso lo perdí hace mucho tiempo.

Hay que tener el estómago y la capacidad de integrarse y no todos los ciegos la tienen. Gustavo, por ejemplo, no se pone un pantalón de casimir porque

dice que pa' qué si el pantalón de mezclilla es lo mismo, no usa un par de zapatos de piel porque dice que las botas mineras le agarran muy bien el pie, aparte dice que un ciego como él, sin escuela, sin preparación y sin cultura pa' qué chingados se viste de lo que él no es, un *suéter* es nada más pa' taparse del frío, si te pica los brazos ¡ni pedo! pero calienta.

Entonces, yo siempre digo que no soy un ciego convencional, y no porque sea yo un ciego de *élite*, sino porque sí quiero integrarme y entiendo que vivo en un mundo donde el que ve no tiene la capacidad de pensar en qué pasaría si él no viera. Por mucha sensibilización que haga, por mucho que vayas a esto de "una voz desde la oscuridad", te da una perspectiva, pero no te da una cotidianidad y tendrías que ser muy intrépida para decir "OK, me voy a aventar un día de vivir como ciego". Y aún así, no es lo mismo porque sabes que al ratito vas a ver.

No sé cómo esté ahorita la Comisión de Derechos Humanos, porque estaba de la chingada, no lo entendían, y no estamos hablando del de la tiendita —y no estoy despreciando ni minimizando a nadie—, no son meseros de restaurante, tienen escuela —educación no sé, pero cultura la tienen— y no saben cómo dirigirse a un ciego. En el Seguro Social, los médicos mismos, que tienen un entrenamiento para establecer un *rapport* y una empatía con el paciente y entender que tiene su dolor y su padecimiento, no tienen en realidad un entrenamiento para atender a un ciego, a un discapacitado. Las recepcionistas, menos, no saben ni tratar a una persona de la tercera edad: "tenga y vaya a que le firmen", "vaya a que le sellen", "este sello no está bien, vaya a que se lo corrijan y regrese, y no venga solo". Y el pobre viejecito: "cómo no voy a venir solo, señorita, mis hijos ya los enterré, mi esposa, ya la enterré, he tenido la mala fortuna de sobrevivirle a toda mi familia y vivo solo". "Pues consígase un amigo, un alguien". ¡Qué fácil! Y el pobre viejecito, arrastrando los pies.

En los hospitales te llaman a gritos: "¡Galán!". "¡Yo!". Y me paro con el bastón. "¡Hey! ¿A dónde camino? Señorita, hágame ruido ¿pa' dónde, pa' dónde?". Y ¡no me pelan! hasta que alguien inteligente, hasta que la neurona se le pega, dice: "para acá, por favor, ahí enfrente de usted hay una silla". La gente en la calle -bueno, se lo perdonas- te levantan el bastón, cuando la lógica te dice que ¿cómo vas a agarrarle el bastón a alguien que lo usa de apoyo? es como levantarle la muleta a alguien que va enyesado ¡Pus, pa' que se mate!

La gente que trabaja en las áreas de discapacidad da por hecho que tú te sabes mover perfectamente bien. Es muy difícil, y no hablo nada más de la ceguera: ser sordo, mudo, cojo, manco, parálitico, cuadrapléjico, con problemas músculo-esqueléticos, o sea, no sólo los discapacitados son Teletón, hay discapacidad mental, es la más difícil y es el común denominador.

Llega uno a las instituciones que, se supone, están especializadas y ahora te carga el diablo porque te desprecian, bueno, te discriminan, por ciego, por gay y por tener SIDA ¿en dónde queda tu moral, tu ánimo de vivir, tu

buen carácter? De verdad, ya no entablé una demanda jurídica porque hubiera tenido que enfrentarme a lo peor, o sea, al poder judicial ¡no! paso, con la educación y la disposición que tienen estos señores, no, gordita, irle a decir al ministerio público “no me dejaron estudiar por gay”, va a decir “pos ¿qué esperabas?”.

Entonces me enfrento a un mundo donde yo, Andrés Galán, tengo conocimiento del espacio, de la forma, del color, del volumen, pero hay quien nació ciego y no tiene ese conocimiento del espacio. Yo sé que las letras son cuadradas, redondas u ovaladas, no hay más, los que nacieron ciegos, no. Sé qué es papel *maché*, sé qué es color fosforescente, un lápiz, un carbón, un café. Hay ciegos que no, y el aparato, la estructura, el sistema que los rehabilita no es pero ni siquiera suficiente o satisfactorio.

Yo era un inútil pa' caminar pero el cerebro lo tenía bastante bueno, me sé todas las estaciones del *metro* de memoria y conozco gran parte de la ciudad. “Oye, Andrés ¿tú sabes cómo llegar a un “chingao” lugar que se llama Plaza Polanco?”. “Sí”. “Ah, es que me pidieron que llevara este papel ¿cómo nos vamos?”. “Pues en el *metro*, nos bajamos en Polanco y ahí agarramos un pesero que nos deja enfrentito”.

Si íbamos a hacer algún trámite, pues me arreglaba yo un poquito más y me pelaban más a mí que a mis compañeros, era como la pantalla, y así me utilizaron los ciegos por un tiempo, pero aprendí a caminar en la calle y ellos a entrar a un restaurante. Ellos me enseñaban albures y yo les enseñaba a comer con cubiertos, a vestirse. Me desempeñé bien en este campo, por eso son varias las personas que van conmigo a comer, se paran y se van sin decirme nada. Laura, por ejemplo, que no está idiota, que tiene la conciencia de quién soy, me conoció ciego, un día se levantó de la mesa, siguió hablando, fue a pagar, llegó a la calle y se dio cuenta de que me había dejado. Se le olvida mi ceguera.

La rehabilitación para mí -y lo viví mucho tiempo- no es el sistema, no, no lo es, es la integración con los otros ciegos. Yo entré al taller de costura y le acabé dando clases a la maestra porque yo iba en la creencia de que ella me iba a decir cómo adaptarme. Hay profesores normovisuales ¡ah! pero los mejores profesores son los ciegos. He ahí el detalle: mi maestra de ábaco, que son las matemáticas para ciegos, es ciega ¡la vieja es un tiro! Multiplicaba 333 a la cuarta potencia y lo hacía así de *tuc-tuc-tuc-pa-pa-pa* con una exactitud y una rapidez ¡impresionantes! Mi profesor de *Braille* era ciego, lindo, cariñoso, *apapachador*, consentidor, bueno, conmigo fue divino. Yo, en una semana, aprendí *Braille* y estenografía, y a como yo iba avanzando él me iba enseñando.

Por ejemplo, ya en la carrera, el maestro de masoterapia era ciego y teníamos un idiota que nos daba fisioterapia y terapias alternativas, que era normovisual ¡Hijo de toda su madre! ¡Hacía unas pendejadas! Un día quemó a una muchacha con una ventosa y era ¡un doctor! no un retrasado mental. Venía el ciego, nos enseñaba bien los métodos, con él aprendimos a usar ba-

rro sin ensuciarnos, a poner ventosas sin quemar a nadie; el profesor de nociones de derecho era ciego y de verdad, en mi vida he conocido hombre más culto que ese señor.

Sí hay discapacidades menos crueles, pero el aparato burocrático, aún las mismas ONGs no tienen la capacidad de ayudar a un ciego. Yo llegaba al Centro de Derechos Humanos Pro Juárez solo: “bájate en San Cosme, camina cinco o seis calles”. Un día llegué con la frente rota porque apuntalaron la pared, tu bastón pasa por acá pero por acá no. Laura, histérica: “¡Qué te pasó! ¡Quién te pegó!”. “Pos no sé, gorda, unos chingados polines que pusieron allá atrás y yo ni me enteré”. Pero tampoco puedes exigirle a la gente; a eso me refiero con integrarte. Laura me estaba ayudando, hacía su mejor esfuerzo, pero ¿qué? ¿También iba a ir por mí al *metro*? ¿Iba a dejar su trabajo para llevarme de regreso? o ¿cómo? O sea, te están ayudando y de repente no sabes hasta dónde exigir, pedir, hasta dónde lo mereces o hasta dónde tienes que cooperar en algo ¡es horrendo! Y no todo mundo está en la disposición de entender, o sea, mi mamá nunca lo entendió y pasó conmigo todo el proceso, mi pareja sí lo entendió muy bien.

Hay veces que no sabes si contestar, revirla o cerrar el hocico, o tal vez yo soy tan idiota que le pongo demasiada intención a las palabras. Porque como hay gente que te acepta, te integra y convive o, como se dice ahora, “interactúa contigo”, te topas con gente que cuando oye que se cae un vaso, volteas y dice “Ah, seguro fue Andrés”. O llegas así y les dices “¿en qué les ayudo, qué hago?”. “Tú siéntate, corazóncito”. “Bueno ¿qué peleas con tu pareja? No peles, piensa dónde te vas a encontrar a alguien que se eche la responsabilidad de jalar con un ciego”. Y me dan ganas de gritarles: “Hijo’ e puta, gano cuatro veces más que él, creo que debería estar feliz de tener a alguien como yo y estar calladito y no decir ‘pío’, más que cuando se le indique”.

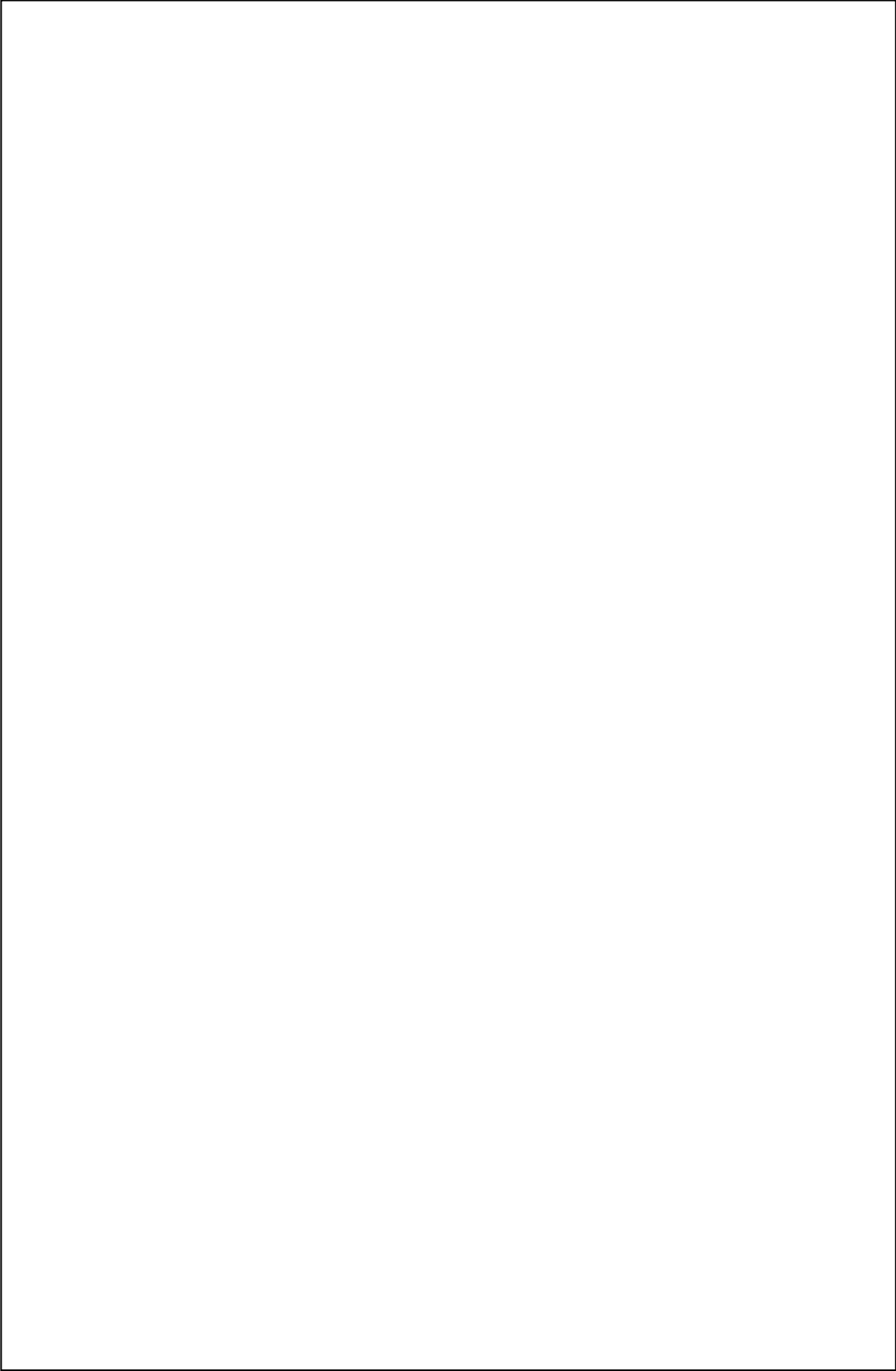
Pensando en regresar a la universidad en mi situación de ceguera, pues sí, me puedo comprometer a hacer las cosas como el común denominador. Yo no exijo atenciones especiales, pero si tengo que presentar un examen escrito necesito que la persona que está impartiendo la cátedra entienda que o lo hago oral o tengo que llevar a una de mis mejores amigas para que se siente a leerme el examen y a contestar lo que yo le dicte, o que él me permita a alguien imparcial si tanta desconfianza hay. ¿Los trabajos? pues ahora todo lo entrega uno por computadora, ya tengo la mía portátil, lo cual es magnífico. Ya conocí el sistema que te lee los libros a través de un *escáner* —que tengo que comprar—, puedo pagar un lector, tengo métodos de estudio y pues, ya sé a lo que le tiro y sé cómo desplazarme. Nada más que las universidades son tan grandes que en lo que te aprendes la ruta, pues habrá que molestar a alguien que te lleve y te traiga.

Trataría de adaptarme y de integrarme en la medida en que mi discapacidad me lo permita, ésa es mi finalidad y de que, bueno, tal vez les caiga un poquito el veinte de que no todos los ciegos están pidiendo limosna pero también que no todos los ciegos están en disposición de superarse, y que muchas veces las reacciones agresivas de un ciego son consecuencia de lo que se tie-

ne que enfrentar ¡es difícilísimo! y de verdad que hay casos que serían dignos de escribirse. No, no soy tan especial ni soy una persona tan excepcional, simplemente soy un sobreviviente y tal vez he caído en la buena fortuna de encontrar gente como todos ustedes alrededor, porque no todos tienen la misma suerte ni la misma disposición.

Pero esa es la imaginación de las personas. Es un juego de palabras horrible: tengo yo que entender que las otras personas no están en la disposición de entender o no tienen la cognición de entender lo que yo ya entendí ¡qué feo! Pero así es.

Ahí está el problema: uno como ciego tiene que demostrarle al mundo que sí sirve; la gente normovisual, no. Ése es el lío.



La queja ante la Comisión Nacional de los Derechos Humanos³

Yo quería regresar a la universidad, pero estalló esta cosa de la huelga del “Mosh”. Me dio miedo porque, dije: “bueno, sí, me reciben en la Facultad, pero donde se arme un *irigote* de éstos, yo ¿pa’ dónde corro? y a ver quién chingados jala al cieguito”. No, *pos* no.

Las cosas en la Escuela Nacional para Ciegos iban de mal en peor: me habían sacado de un taller, luego del otro. Ya les había yo dicho que si no me daban razones sólidas, yo iba a demandarlos –por la información en la televisión, pero ni idea de cómo se hacía el asunto– y bueno, me reincorporaron a los talleres para continuar con mi entrenamiento y rehabilitación como ciego.

A través de una amiga que daba masajes, me di cuenta de que era buena carrera, gratificante, y le dije al director de la escuela que quería yo estudiar Masoterapia. Él era gay y tenía un séquito de ciegos que le revoloteaban a sus pies y le faltaban al respeto, (con un tono triste e irónico) y a mí no, soy muy respetable, era horrible ¡nunca me peló nadie! y mira que, bueno, hervían por toda la escuela.

Resulta que sí hice el examen para la carrera de masoterapia, fui la mejor calificación, y no me inscribieron. Que no, por “la clase de acupuntura”. Ni a mí ni al otro compañerito que tenía VIH, que porque era contacto cuerpo a cuerpo y este par de lesbianas –la subdirectora y la coordinadora de la carrera–decían que yo me iba a coger a toda la escuela, cuando a mí los muchachos me trataban bien, eran respetuosísimos conmigo.

Mira, de entrada, yo no soy de pleito, me da flojera y si algo me pone grave es enfrentarme al aparato burocrático, pero grave de mareo, dolor de cabeza, o sea, enfermedad. Y mi compañerito me dice: “Pues vamos a demandarlos”.

³ La queja fue presentada el día 24 de enero del 2001; se le asignó el número 2001/192.

“Pues vamos a demandarlos”. Fuimos a un lugar que se llamaba SOS-gay a hablar con un abogado y nos preguntó: “Ustedes ¿qué quieren?”. Le dije: “Bueno, a mí me gustaría que nos aceptaran en la carrera y que a esta mujer, pues alguien le hiciese entender estos asuntos”. Por mí, por los que vienen atrás, no creo ser el único que se quede ciego, en mi caso no es ceguera por VIH, en el caso de mi compañero es citomegalovirus. Eso fue todo. “Pues, déjenme un papel escrito donde cuenten toda la historia”. ¡Estamos ciegos! “ok, sí, gracias”, dijimos.

Bueno, “pos ahora hay que buscar quién nos haga un papel escrito” me dijo mi compañero, y le dije: “No te preocupes, yo mecanografío, voy a tratar de hacerlo lo más limpio que pueda para ver si el hombre nos acepta”. Bueno, hice el escrito. Lo revisó mi pareja. Ahora ¿tú vas a ir a un escritorio público a dictarle eso a alguien? No. ¿O vas a buscar a alguien de la familia -que igual y no tiene ni por qué enterarse- para que te lo escriba? O sea, o lo haces tú o te jodiste.

Finalmente, no nos peló. De ahí fuimos a otro lugar que se llamaba Salud y Justicia -que tronó- y esta mujer hizo un escrito para CONASIDA. Ella es una de las vacas sagradas del SIDA, es muy habladora, es muy buena para hacer escándalo pero no movió nada. Nos acompañó a la escuela, la coordinadora de la carrera insistió en “no les voy a dar el crédito de acupuntura, ni voy a exponer a los demás a un intercambio de virus por las agujas”. Así lo dijo en mi hocico, delante de ella: “Tú no vas a estudiar masoterapia porque a mí, a mí, yo, a mí no se me pega la gana de que un puto contagie a toda la escuela, porque lo único que saben hacer es coger, y a ver ¿cómo chingada madre vas acreditar acupuntura? Tú no puedes estudiar masoterapia”. Yo todavía pregunté: “Bueno ¿es por gusto de usted o es por la clase de acupuntura? Porque ahí hay dos cosas diferentes, y hasta donde yo sé las agujas son personales”. “Pues sí, pero a la hora de que uno de tus compañeros la ponga...”. Le dije: “Bueno, podemos practicar mi compañero y yo”. Porque cuando hubo práctica de aprender a inyectar lo hicimos entre él y yo ¿qué era más riesgoso? Porque yo soy asintomático, en estadio A-1, y él ya había estado nueve veces en etapa terminal. Entonces, mi compañero le contestó: “Porque lo dijo usted, no más, bueno, pues entonces la vamos a demandar”.

Y nuestra acompañante se hizo chiquitita, ella, que ¡uff! como dicen en mi pueblo, “se tragaba la mar a buches”, no dijo “pío”. Bueno, no se hizo nada, salimos de ahí y todavía me dijo ella que “habíamos dado un gran paso porque se habían abierto al diálogo”. Y yo dije “¿gran paso? ¿diálogo?”. O sea, de repente yo sé que tengo cara de idiota, pero me da berrinche que me lo refrieguen. Eso es lo que no soporto. No se había hecho nada, no habíamos avanzado nada; ellas rotundamente dijeron que no y se acabó. Todavía, al director le había yo dicho: “Bueno, profesor, usted, a todo esto ¿qué opina?”. Él no abría la boca. Aquella tipa estaba posesionada y sus cánones decían que ni con SIDA ni con más de 30 años ni con diabetes tú podías estudiar masoterapia.

El tiempo pasaba, y luego CONASIDA mandó un escrito a la escuela para que nos inscribieran inmediatamente, que no había ningún problema. Empezaron

a temblar, pero no nos inscribieron. O sea, la doctora Patricia Uribe dio una orden y no la peló la mona esta de la escuela, prepotente, horrible, que ya había tusado a un muchacho, ya había cacheteado a otro. Se había hecho como una pequeña mafia entre el director, la hija -que era la subdirectora- y la pareja de ésta, la coordinadora. Y ellas eran "las dueñas de la escuela". Y esta mujer, RMC, era "LA dueña de la carrera", o sea, no importaba si sabías o no, lo que importaba era caerle bien.

Mi compañero le había dado masaje a María, que en ese tiempo estaba en la organización CURAS –Comunidad Unida en Respuesta al SIDA–, y ella nos dijo "Pues yo no creo que la persona de Salud y Justicia haga nada, mejor hablemle a Laura". Y un día le dije a Gustavo: "Pues vamos a hablarle a la muchacha esta, a ver qué pasa". María nos hizo una cita con ella en el Centro Pro. Pero en este momento los ciegos hicieron una huelga para correr al director, dándose cuenta de las irregularidades –por ahí del '99– y en su pliego petitorio añadieron que se nos inscribiera, porque ellos consideraban que era una injusticia; en ese pliego petitorio ellos escribieron sobre mí. Hablaron ampliamente de mí, que habían estudiado conmigo costura, encuadernación, y que yo era una persona valiosa para el plantel, que era muy cuidadoso para trabajar, muy respetuoso, que ellos tenían toda la disposición de capacitarse para saber cuál debiese ser el manejo correcto por el VIH; fue un escrito, de verdad, *muy* bonito.

El Colegio Irlandés daba dinero a la escuela y despensas que jamás llegaron. En la sala de masaje se cobraba y sólo la cuarta parte era para el ciego, el resto para la escuela. No había donativos, se estaban perdiendo los materiales, o sea, este director saqueó la escuela, que tiene 135 años de existencia y había pinturas, esculturas, pianos, órganos, órganos dobles. Había un abogado pero no para los ciegos, había seis trabajadoras sociales pero no para los ciegos, hay cuatro psicólogos o cinco, pero nada más para hacer la inscripción.

Total, que se armó un *irigote*, corrieron al director. A las mujeres éstas, *pos* yo ya no las pude demandar porque ya no eran docentes del plantel. Hubiéramos querido llevar la queja como demanda legal, jurídica, para que aquella mujer tuviera una sanción por daños y perjuicios, porque yo perdí un año de escuela y no era el capricho de estudiar o habiendo otros planteles -porque eso decía el director. Nada más había que hacer conciencia de que es el único lugar gratuito y que lo que yo quería era tener una profesión para tener de qué vivir.

Vino gente a hacer una pseudo auditoria, pero hizo lo que se le pegó la gana y entonces, llegaron autoridades nuevas. La nueva administración no quiso hacerse cargo de nuestro caso, y entonces era ir a Contraloría, a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, ir a hablar a la convención tal, a la muestra de cine en la UNAM, hablar en Amnistía Internacional, conferencia con la comunidad gay –yo que en mi vida había dado la cara–, entrevista en La Jornada, entrevista en canal 40 con Víctor Ronquillo.

Contacté a Laura, pero ella salía del país, haciendo no sé qué en ONUSIDA. Bueno, regresó y se adentró en el caso. Nos citó en el Pro, yo ya iba muy lacerado porque ya me había dado cuenta que esto de la lucha contra el SIDA era un *bluf*, era un *modus vivendi*. Llegamos, María se portó divina ese día, Laura se sentó con cuaderno y lápiz, y me dijo: “A ver, Andrés, pláticame qué pasó”. Hubo química inmediatamente entre los dos. Empezó a escribir, y “OK, vamos hacer esto y esto, vamos a meter la queja en la Comisión Nacional de los Derechos Humanos”, y yo decía: “Ya me veo. Ay, ésta me va a mandar a hacer el escrito y ¿cómo chingados llevo a la Comisión?”. Yo ya me veía yendo de un lugar a otro. De repente dijo: “bueno, esto tenemos que hacerlo en equipo, yo voy a hacer todos los escritos y tú nos llevas”, le dijo a María. Y María: “Sí, pero tú tienes que estar, Andrés”. Le dije: “Bueno, cuando me necesiten”. Ya de ver la disposición de la una y de la otra, pues yo como que me tranquilicé un poco. Entonces, eran juntas en el Pro, demanda aquí, demanda allá, y todos esos documentos. Laura los mecanografiaba y María iba conmigo a entregarlos, porque ése es otro boleto: tú vas de ciego a levantar una queja o algo ¡y no te pelan! punto, no hacen nada. Sacábamos fotocopias que pagaba Laura de su bolsa o cooperaba yo con algo, o Gustavo pagaba de su bolsillo.

Estás ciego y tienes que ir a entregar el papel a la Comisión, que está en periférico, el pesero te deja ahí en la puerta, métete al edificio, y ahora lleva este documento a la contraloría de la SEP, que está en Viaducto Río Becerra, en la Colonia Nápoles, y ahora haz una carta y un escrito para que se lo entregues a fulanita de tal en tal parte. ¿Con qué? Con una máquina mecánica ¿no? y que te firmen de recibido y que te pongan el sello, pero se les olvida el detallito ése de “están ciegos”.

Contraloría de la SEP no sabe nada, no tiene ni idea de qué pasa, de qué es SIDA, de cómo actúa, de cómo ejecuta. El secretario nada podía, nunca estuvo. Gustavo y yo dimos vueltas solos, no nos pelaron, nos mandaron a Servicios Médicos de la SEP, en la colonia Anáhuac, ahí por donde está el Colegio Salesiano, tampoco nos pelaron; nadie tenía una base firme ¡nada! No sé si me tocó ser pionero en este asunto, pero el aparato burocrático no sirve porque no sabe nada. Teníamos que ir acompañados por la abogada del Pro o por María pa' explicarle al que estaba del otro lado del escritorio qué queríamos, porque ésa es otra: tú estás ciego, tú estás idiota. No te entienden o no te quieren entender porque estás ciego o lo que tú estás diciendo no es válido, entonces se dirigen al que ve.

Y entonces María me recogía en una parte o llegaba yo a su casa y ahí íbamos a entregar el papel y tu-ru-ru-ru-ru. Pero, fuera de ese apoyo, ninguno, se movió sólo Laura, que era la encargada de Pro-Positivo, el programa del Centro Pro de atención a personas con VIH y SIDA. Y, de verdad, las ONGs, por buena voluntad que tengan, están en el mismo tenor que el resto de la sociedad: esta ciudad no está hecha para los ciegos, no existe esa cultura, no se tiene esa cognición de que el otro no ve, y que no puedes tratarlo igual que a uno que ve, porque te necesita, y tú estás en la conciencia de que te estás enfrentando a algo que tú solo no lo puedes manejar: sin trabajo, sin dinero,

sin conocer el espacio en donde estás, sin compañía y con una enfermedad que es un estigma.

Pues se supone que con estas autoridades nuevas a nosotros ya nos integraban a la carrera. Pues no. La directora que llegó, que yo creo que a la pobre mujer la sacaron no sé de dónde y la pusieron ahí, no sabía qué onda, no sabía dónde estaba, le dejaron órdenes e instrucciones de que no nos aceptara. Se llamaba Clara y tenía un asistente, José. También decidieron que “cómo íbamos a estudiar ahí”. Éste se vio más abusado: un día nos sacaron del comedor en vilo, así, de *palomita*, para que firmáramos un papel. Yo todavía les dije: “No lo voy a firmar hasta que no lo lea mi abogada” y dijo el tipo: “Pues es que, mira, dice que tenemos la buena voluntad de aceptarlos en cuanto nos manden la inscripción de la Dirección General de Técnicos Industriales”, que es la que avala los estudios de masoterapia. Insistí con mi compañero: “y este papel ¿no tendría que leerlo Laura?”. “¡Ay, no! Ellos tienen buena voluntad”. Yo no sabía que ya mi compañero había hecho un arreglo por debajo de la mesa. Me contestó: “Pos vamos a firmarlo porque pues ellos tienen buena voluntad, también nosotros tenemos que poner de nuestra parte”. Como yo no sabía de estos trámites, dije: “Pues sí, de buena voluntad”. ¡*Uta* madre! Fue contraproducente porque resulta que en el papel decía que ellos aceptaban inscribirnos pero que nosotros aceptábamos también, el peligro que era que estudiáramos la carrera ¿cuál peligro?

Firmamos el maldito papel ése, se entera Laura y me dice: “¡Ay, Andrés! ¿Qué firmaste?”. Y fue hecha un basilisco a la escuela a pedir copia. Y quiero decir que Laura se puso a estudiar sobre los derechos del discapacitado, o sea, su compromiso fue, yo creo, algo que me dio mucha fuerza para arrancar, porque si no, yo de veras que hubiera colgado los tenis. Le dieron una copia y ahí empezó el *show* porque entonces ese documento fue a la Comisión.

Algo pasó que de repente estas gentes no funcionaron en la escuela y las cambiaron. La directora nueva y autoridades muy monas. Eran un equipo que había trabajado con menores infractores, pero llegan a un mundo de ciegos, y el ciego es muy difícil, empezando por mí. Oyes lo que no debes y aunque no ves, pocas son las cosas que quedan ocultas para ti y bueno, esta señora, con un tono muy maternal, empezó a proteger a un grupo y a sacar a otro. Pero Educación Especial también es una olla de “lavasa” (tabasquismo) -por no decir que es porquería- porque es lo mismo: viven del ciego, del sordo.

Llegó Derechos Humanos y entonces, en vez de hacer una recomendación como debía ser, hizo una amigable composición con estas nuevas autoridades y nos inscribieron, ya teníamos nuestro número de matrícula. Y, además, la escuela aceptó que hubiera un curso de sensibilización y prevención: Derechos Humanos y SIDA, coordinado por Raymundo, del Centro Pro, Laura en Derechos Humanos; Prevención y uso y manejo del condón por María, además de otros colaboradores. No eran nada más dos horas de explicación, no, se les dio un curso precioso, con talleres de sexualidad, uso y manejo del condón, protección legal al trabajador. Esa parte yo también la peleé, o sea, creo que si yo tengo derecho a la educación ellos también tienen derecho a

saber qué riesgo corren, por eso había enterado a la escuela de que yo tenía VIH, porque cuando entré fue con la conciencia de lo que tenía y de que si ellos necesitaban tener algún tipo de cuidado especial yo estaba en esa disposición, sentí que tenía un compromiso, como seropositivo, de avisar. Ya esta administración está fuera del caso de la demanda, y sí se sensibilizaron más en este asunto.

Los docentes ¡juuuuu! Ahí fue donde tronó China, porque entonces el que orquestó la huelga y el que asesoró a los muchachos se encabronó de que le dieran a la escuela un curso obligatorio de sensibilización y prevención ¡hizo un escándalo! ¡Es un psicoanalista, con toda la barba! Se pusieron furiosos, cuatro o cinco, porque Derechos Humanos los obligó a tomar el curso. Yo no entiendo cuál fue el problema.

Sí hubo gente que me rechazó cuando entré a la carrera, por ejemplo, la maestra Gisela, que decía: “¿cómo aceptan homosexuales aquí?”. Y hubo una que me atajó en el pasillo: “yo no sé cómo te atreves a salir a la calle y todavía a traer a tu amante”. Pos le jaló la cola al tigre, me dio mucha pena, pero volteé y le dije “pues, mamita, debías de olerme los calzones, chula, y aprender algo porque mi amante me mantiene y me trae a la escuela y aquí lo tengo a mi disposición, le hago así “pla-pla” y brinca, pero, gorda, a ti tu marido te tiene trabajando como pendeja aquí y todavía te trata de su mandadera, estás pendeja, mamita, comparándote tú conmigo, aprende, mejor”, le dije. Y en la vida volvió a abrir el hocico. Y la maestra Gisela, después de eso, me adoraba.

A mí me mandaron 40 tomos de cómo levantar una queja ante Derechos Humanos, que yo hice extensivo: un tanto lo mandé a Campeche, otro a Mérida, otro lo di a la Escuela de Perros Guías, de Xochimilco, también a CRESI-DEVI, que es la escuela de rehabilitación que está al lado del Conde de Valenciana, y a la Universidad Pedagógica, porque lo que necesito es que los demás ciegos se integren por lectura.

Otro ejemplo: cuando en 2004 se hizo la presentación pública de un manual para ciegos, yo dije que estaba muy bonito el CD, también el libro, pero que se recordara que había ciegos que no tenían acceso ni a un CD ni a una casetera y que lo correcto para los ciegos era el *Braille* ¿Cuántos ciegos hubo en esa presentación? Yo, y yo no soy la mayoría.

Mi carrera de masoterapia

Cursas la carrera en tres años, el título es Técnico Profesional en Masoterapia. Es bachillerato tecnológico, llevas lectura y redacción, matemáticas, inglés -eso es extra-, biología, química, anatomía; fisiología, bioquímica, patología, ortopedia, neurología, fisioterapia, farmacología, nutrición, masoterapia, psicología, psicología social, quiropraxia, digitopuntura, fitoterapia, introducción a la clínica, nociones de derecho socioeconómico mexicano, terapias alternativas, prácticas de campo, prácticas de observación y dos estupideces que no supe como pa' que chingados servían: desarrollo motivacional y desarrollo de la creatividad ¡ay! fueron dos clases nefastas.

Ésa es la currícula de la escuela. Y resulta que ponen a una idiota licenciada en educación especial a dar desarrollo motivacional, ponen a un dentista a dar psiquiatría, fisioterapia. Éste estudia y lee los libros y a como Dios le da a entender te da la clase. Por una casualidad de la vida -digo-, los maestros mejor preparados y los que te enseñan mejor ¡son ciegos! Los que se comprometen con lo que hacen, y alguna honrosa excepción entre los normovisuales, pero muchos de ellos te dan como material de estudio unas pinches fotocopias que son la fotocopia de la fotocopia: como dice la canción "yo soy el asistente del ayudante del achichinle del *mero mero*", así son las copias que tú, de repente, tienes que leer, interpretar ¿cómo te dan las fotocopias, si van puros ciegos? Adivinar. Esperan que alguien te las lea, no hay material *Braille*.

En el aula tienes enfrente a alguien que estudió en un sistema normal, que te dice: "van a investigar el tema de los fotones", pero ellos tienen vista y hay bibliotecas, la Escuela Nacional Preparatoria tiene una biblioteca divina, la escuela secundaria vespertina donde yo estudié tiene una biblioteca divina, tú investigas, tú ves. En este caso, yo tenía la conciencia de que me estaban dejando una tarea de investigación; los métodos y los recursos que yo utilizase eran mi problema, pero un ciego de nacimiento que llega a la Escuela Nacional para Ciegos y lo mandan a investigar, lo primero que hace es bajar a la biblioteca de la escuela, pero ahí, en *Braille*, hay ¡casi nada! La Divina Comedia, La Odisea, La Iliada, Clemencia, la Biblia, algún diccionario soez, revistas, algunas cosas del *Reader's*, punto. Pero un compendio de anatomía, un libro de re-

flexología, un diccionario clínico ¡no había, chulas! Para el libro hablado se supone que había un lector que podría leer la misma unidad ¡a 20! No existía tal. Yo no sé qué chingados hacían los demás, pero yo venía y pagaba un lector de 50 pesos o iba lloriqueando a casa de María, de Laura, de Carlos o de alguna de mis amigas a que me leyeran esas pinches copias. Leían y decían “bueno, esta palabra que no se ve, *pos* debe ser tal cosa” y la pobre María, que el español no es su idioma de nacimiento, hacía milagros, y llorábamos de desesperación los dos. Yo aprendí anatomía porque María me regaló un videocasete de seis horas, que memoricé literalmente.

Nosotros no llevamos clases de acupuntura como tal: llevamos digitopuntura, que es presión con los dedos, fue una manera sutil de eliminar el miedo. La maestra, que era muy mi amiga, muy linda, muy maravillosa, nos dijo así a todo el salón: “yo les voy a explicar una teoría que quiero que escuchen muy bien: la acupuntura es una ciencia, bla-bla-bla, y los exámenes para los acupunturistas profesionales en Oriente se hacen con un hombre de bronce, lleno de agua y bañado en cera, tiene perforaciones, uno tiene que pinchar la perforación y de ahí sale un chorrito de agua si el pinchazo es correcto. Es muy difícil atinarle a la primera, a la posición exacta, a mi me cuesta mucho trabajo, no dudo de la capacidad que tienen ustedes a través del tacto y del conocimiento que logran del cuerpo, si ustedes quieren ver acupuntura, lo vemos, pero la digitopuntura usa los mismos sitios, nada más que abarcamos más espacio porque el dedo tiene mayor diámetro”. Así, con todas sus letras lo explicó. Entonces se hizo una votación democrática y como el 80% le tiene pánico a las agujas —entre ellos, yo—, ni modo: digitopuntura.

Terminé la carrera en junio del 2004 y había que hacer el servicio social. Lo hice durante seis meses en el Centro Paralímpico, que es una ramita de la Comisión Nacional del Deporte para los atletas discapacitados —otra olla de porquería— y yo iba recomendado por un médico: entonces se me trató con especiales deferencias, lo acepto, lo admito. La doctora monísima con nosotros, fue muy padre mi servicio social, de la puerta del Paralímpico pa’ dentro, porque pa’ fuera: que Dios te bendiga, no puedes llegar caminando porque los *metros* ahí son esta línea nueve, que está volada y como en una zona semi-industrial *so*la, larga, larga. Yo salía de aquí a las cinco de la mañana en punto porque si no, no te subes al camión.

Entregué el informe, la liberación del servicio social e hice el examen de titulación en 2006, que porque el trámite de la vigencia, la huelga de la escuela, porque la señorita parió ó le dio síndrome pre-menstrual, porque “le faltó la copia”, porque la firma no sé qué, hubo que recolectarla otra vez, bueno, fue una inútil.

Hice mi tesis sobre el tema de rodilla, la fui desarrollando en un seminario de titulación. Le caía yo mal al tipo, me hizo la vida amarga pero la entregué ¡ah! y ya tenía yo *compu*. Nos pusieron a un maestro de computación, un ciego; nos enseñó el manejo del programa parlante y nos explicó cómo ponerlo, cómo quitarlo, nos vendió los *demos*, y entonces mecanografié mi tesis: ttrrrrrrrrr.

Llegó un día mi amiga Rose: “¿qué es esa máquina? Oye, escribes bien *rete bonito*”. “Pos sí, nomás que cuando me equivoco tengo que repetir toda la hoja”. “¿Hay algún modo de que tú pudieras usar la computadora? porque escribes muy bien”. “Pos igual y sí”. “¿Qué tal si tú lo capturas y mi secretaria que te lo afina?”. Entonces, de repente, desarma ella su oficina, le queda un sobrante de computadoras y me arma un *Frankenstein* de mil pesos, me cargan una cosa que se llama PCVoz, que es un programa que inventó un cubano, que te sirve como máquina de escribir, nada más, y ¡es horrible el programa! ¡Suena horrible, horrible! (Agrega con voz gangosa:) a, b, c, d, e... ¡ay, no, no! Pero con ése tuve que transcribir toda la primera parte de la tesis. Y de repente, el sistema se caía y la maldita máquina hacía “¡aaahhh!” y se apagaba, y me quedaba yo así.

Apareció Nadia en mi vida, es ciega, me la presentó una amiguita en una fiesta; ellas se conocieron en un curso de sexualidad, donde todas salieron embarazadas: no entendí si era para eso o para evitarlo. Bailamos, tomamos la copa, las hilachas, y nos hicimos grandes cuates. Entonces me dijo: “¿por qué no usas *Jaws*?”. “No sé qué es eso”. “¿Tienes computadora?”. “Pos tengo un *Frankenstein*”. Vino desde Izcalli, me conectó el programa y se hizo la luz, pero tenía yo un *demo* que se ajustaba cada 40 minutos, y tenía que reiniciar la máquina. Cuando ya había entregado la tesis, apareció un *hacker* maravilloso, amigo de la amante de la amiga, que me *craqueó* el programa y limpió el CPU, prrr-prrr-prrr, y ahí empezó el tormento porque las personas utilizan la computadora visualmente, aprenden de manera visual a utilizar los sistemas *Windows* con el *mouse*, y *Jaws* ni necesita que lo veas ni necesita el *mouse*, o sea, ya lo dejaste ciego y manco, entonces, no importa mucho la buena voluntad que tengan los técnicos, los ingenieros o la sobrina, que tiene maestría en robótica. Ella me preguntó: “¿me dejas estudiarlo?”. “Sí”. Se pasó 14 horas frente al computador y bajó a cenar, se sentó muda. Se había tenido que vendar los ojos y quitar el *mouse* para no tener la tentación. Me asustó, la niña hizo un carrito que gira solo en una pista, ésa fue su tesis en la Universidad de Madrid y diseñó un robot para pepenar cacao, tu-ru-ru-tu-ru-ru, pero ¿sentarse ante un programa así? Ahí torció la puerca el rabo. Y pocos me he encontrado con la capacidad.

Un lunes fui de compras al centro, así de puntada, con mi sobrina, entré a la escuela y le pregunté a la mona cómo iban los trámites y qué día podría presentar el examen. Me dijo “necesito que me traigas para mañana tal cosa y vayas a pagar esto para que presentes el examen el jueves.” Todo nervioso le hablé a tres gentes: “¡voy a hacer el examen!”.

El mono que fue sinodal en mi examen me hizo la vida imposible, él era de “izquierda” y según él yo soy radical de derecha, casi parte de El Yunque. Cometí un error: nos pidió opinión sobre una huelga que había y yo le dije que no creía en los sindicatos porque eran una *alcahueteadera* de haraganes y que cuando los bancos eran privados, las muchachas llegaban arregladas, divinas, y tenían una sonrisa para los clientes y que a raíz de que los nacionalizaron las encontraba uno comiendo. Telmex: va uno a quejarse y no hay quién te resuelva la vida, aún cuando tienen computadora. Luz y Fuerza está

peor porque tenían que sacar carpetas de costilla y checar *one by one*, hoja por hoja, para encontrar tus aclaraciones. Entonces, de qué servían estas compañías si no teníamos ningún servicio, que era mejor que hubiese una industria privada y que, bueno, como prueba de ello alguna vez Franco dijo: “España para los españoles”, que él prefería que llegaran las empresas a España a que los españoles saliesen de España. ¡Ay! dice mi mamá que a veces hay que ponerse la lengua en el *culush*. Resulta que él es parte de la CTM y parte del sindicato de trabajadores del *metro*. Lo ofendí, “porque los derechos de los trabajadores que ha conseguido el sindicato, y entonces, y luego...”. A raíz de ahí me odió a muerte y yo lo aborrecí.

Mi tesis fue la única con bibliografía, citas al pie de página, citas de autores, y tuve 9. Un día antes del examen le di un “repasón”. Él se quiso lucir todo cuanto más pudo —pues no, no pudo. Los otros dos maestros eran mi profesor ciego de masoterapia, que tenía cierta competencia conmigo, pero yo lo quiero mucho, y la otra maestra que, bueno, nos adorábamos. Entonces, estuvo equilibrado mi examen y me gradué con mención honorífica por unanimidad.

En septiembre de 2006, a las 11 de la mañana, me hablaron para decirme que tenía que llevar el diploma de la carrera, pagar los derechos y entregar un juego de copias por triplicado de todo mi expediente, antes de las tres de la tarde “porque urge”. En ese momento le llamé a la vecina, abrí mi *fólder*, saqué el papel, me fui al centro, decidido a romperle la madre a la estúpida ésa. Lo crucé a zancadas, del berrinche que traía -a mí, cuando estoy muy molesto se me quitan los miedos y tengo ya el alma atorada- y ésta le jaló la cola al tigre. No iba a haber título, pero sí iba a salir con la madre rota, lo siento. Yo percibo que hay gente que tiene ganas de hacer las cosas bien, pero también tengo teorías de que hay gente a la que hay que darle tres mardrazos pa´ que ejecute. No dijo “esta boca es mía”, recibió todo. Hice el trámite, pagué todo lo que tenía que pagar y pregunté: “¿cuándo está el título?”. “En seis meses”. Pensé: “ahora sí voy a tener que proceder de otra forma y quitarme el miedo al aparato burocrático”, porque de verdad, es algo casi peor que mi mamá. Ahorita yo busco trabajo con la carta de pasante, como pa´ qué. De por sí, de ciego, ya me estoy jugando el pellejo, de a ver quién me da chamba... La espera para tener mi título fue de un año.

Reflexiones finales

Un día me dice la persona de Salud y Justicia: “Oye, vos sos el rey de la discriminación”. “¿Por qué?”. Me contesta: “Ciego, gay y con SIDA”, le digo: “Bueno, no más me faltaba ser argentino ¿no?”.

Conmigo el SIDA se ha portado muy generoso: tomé ocho años el mismo anti-retroviral, no se me estropeó el riñón, ni el hígado, no estoy manchado, no me da diarrea, eso sí: tengo un poco de neuropatía y lipodistrofia, pero unos pantalones amplios y un poco de dieta lo disimulan todo. El estigma de tener SIDA es que eres promiscuo, ligero, pecaminoso, degenerado, en eso corre tu vida. De repente, sí, pero bueno, se controla uno.

El detalle es que yo me puedo parar en un lugar y pues “no, no tengo SIDA”, nadie se entera si yo no lo digo, pero a la hora de que yo doy un paso, todo mundo se entera de que estoy ciego. Y bueno, a veces, porque ¡la gente es tan bruta! que ni cuenta se da.

Así que de estas tres condiciones, la más difícil es vivir ciego. Cuando todavía veía, siendo ya seropositivo, a donde yo fuera ligaba algo, por orgullo, por deporte, porque quería, como sea. Desde que estoy ciego no hay quién tenga un *flirt* conmigo. Óyelo bien: ¡en diez años! a mí no ha habido quién me haga una insinuación, y es por estar ciego, de entrada el bastón ya lo denota y, dos: los encuentros son visuales, entonces por mucho que alguien te haga “ojitos”, tú no te enteras y además tendrán la duda de “¿cómo me acerco a un ciego, cómo lo abordo, de qué hablamos, cómo lo trato?”.

Hay discapacidades socialmente más aceptadas, por ejemplo, estar en una silla de ruedas, son a los primeros que ayudan. Claro, yo estoy ciego y agarro mi bastoncito y subo, bajo, corro, vengo, vuelo y me acelero, ellos no pueden.

Yo puedo vivir solo, sin que mi casa tenga ningún tipo de adaptación: ellos sí necesitan ponerlas.

Llevar a cabo la queja en Derechos Humanos me hizo hacer cosas que yo no pensé hacer nunca. Fuera de lo que se vea, sí soy una persona bastante tímida como para hablar en público, le tenía pavor a un micrófono, pero adquirí el compromiso de preocuparme por las otras personas ciegas con VIH, y la gente no se entera de lo que es una discapacidad hasta que no la vive en carne propia o en su familia, y eso es muy triste. No se han parado dos minutos a pensar que podemos ser personas bastante útiles, porque muchos de nosotros somos muy comprometidos con lo que hacemos.

El grupo de mujeres liberales son las que me han ayudado en el trance de ceguera, sin utilizar el método ése maternal de “¡Ay Andresito, babosito!” No, sino de “Andresito, te quiero mucho, pero tú puedes. A ver, no metas el dedo en la comida, agarra tu tenedorcito y corta como Dios manda ¿A dónde vas? Ese calcetín es negro y el otro es azul marino ¿Ya lo notaste?”. Con este grupo sí hay mucha identificación. Y en el grupo de los varones entran los mediocres y los chingones. Sí tengo un rasgo de discriminación asqueroso, entiendo que todos somos hijitos de Dios, que hay que amar al prójimo como a uno mismo, puedo ser el mejor amigo de quien sea, aceptarlo tal cual, pero que no entre dentro de estos patrones de “como soy pobre: soy sucio; como soy pobre y sucio: soy maleducado; como soy pobre, sucio, maleducado y hombre: pues puedo ser corriente”.

La disposición de superación en una persona, para mí es un valor incalculable. Y es la gente que atrae mucho mi atención. Me gusta la actitud de “tenemos que salir adelante, si fui a la escuela con tres pesos, mi hermanito va ir con ocho y si yo tuve que estudiar con los libros prestados de fulano de tal, a mi hermanito yo se los compro”. Puedo aprender a vestirme bien si veo que fulanito de tal se pone un suetercito lindo.

No quiero tirar la toalla. No he querido llegar a ese punto de resignación porque entonces ¿para qué he tratado de convivir tantos años con mi ceguera y tantos años con el VIH?

A mí, el trabajo y el dinerito en la bolsa ¡me hacen tan feliz! Pero a veces las cosas van pa' tras: ayer tuve que reducir el precio de la sesión de masoterapia. No hay trabajo y empieza la tontería de “¿estará perdiendo la habilidad? ¿Por qué no está viniendo la gente? Ya no soy buen proveedor. Soy un estorbo”.

Hay cosas que son muy similares: ser mujer es ser minoría, en cierto sentido, y de segunda, y puedes hacer y ver las cosas como en espejo: gay igual a puta, ya pasas a ser como de tercera o cuarta.

Este libro se terminó de imprimir
en enero de 2009 en los talleres de
Diseño e Impresos Sandoval
Tels.: 5793-4152, 5793-7224
la edición consta de 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición